

ESPECIAL SOBRE EL TERRORISMO

Introducción

En las últimas décadas la sociedad ha sido víctima de uno de los peores flagelos: el terrorismo, que es un hecho expresivo de violencia que se lo puede ver durante toda la historia (conquistas, guerras) con sus más variadas formas de expresión y crueldad.

El terrorismo se constituye así tanto en el ámbito interno como en el mundial, como en una vía abierta a todo acto violento, degradante e intimidatorio, y aplicado sin reserva o preocupación moral alguna. No es, por lo tanto, una práctica aislada, reciente ni desorganizada pero no por ello estructurado.

Los fines buscados por esta forma de "guerra" no convencional pueden tener fines políticos, religiosos, culturales y lisa llanamente la toma del poder por un medio totalmente ilícito. Por dichas causas, el mundo se ve sacudido diariamente con noticias de atentados producidos en la vía pública, donde pierden la vida gente inocente y totalmente ajena a esa "guerra" o intereses diversos.

Historia

El terrorismo ha aparecido una y otra vez a lo largo de la historia. Las sociedades secretas detectadas en algunas culturas tribales mantenían su influencia valiéndose del terror. Ya en el siglo XII, un grupo ismailí de los musulmanes shiíes, los 'Asesinos', llevó a cabo campañas terroristas contra musulmanes suníes. En Irlanda, grupos protestantes y católicos se aterrizaron mutuamente tras la Reforma. En su forma moderna, sin embargo, el terrorismo sistemático recibió un gran impulso a finales de los siglos XVIII y XIX con la propagación de ideologías y nacionalismos seculares tras la Revolución Francesa. Adeptos y detractores de los valores revolucionarios utilizaron el terrorismo tras las Guerras Napoleónicas. El nacionalismo imperialista que en Japón condujo a la restauración Meiji en 1868 estuvo acompañado de frecuentes ataques terroristas al shogunado Tokugawa. En el sur de los Estados Unidos de América, se creó el Ku Klux Klan tras la derrota de la Confederación Sudista en la Guerra Civil estadounidense (1861-1865) para aterrizar a los antiguos esclavos y a los representantes de las administraciones de la reconstrucción impuesta por el Gobierno Federal. En toda Europa, a finales del siglo XIX, los partidarios del anarquismo realizaron ataques terroristas contra altos mandatarios o incluso ciudadanos corrientes. Una víctima notable fue la emperatriz Isabel, esposa de Francisco José I, asesinada por un anarquista italiano en 1898. El movimiento revolucionario ruso existente antes de la I Guerra Mundial tuvo un fuerte componente terrorista. En el siglo XX, grupos como la Organización Revolucionaria Interna de Macedonia, la Ustashi croata, y el Ejército Republicano Irlandés (IRA) realizaron a menudo sus actividades terroristas más allá de las fronteras de sus respectivos países. Recibían a veces el apoyo de gobiernos ya establecidos, como fue el caso de Bulgaria o de Italia bajo el líder fascista Benito Mussolini. Este tipo de terrorismo nacionalista apoyado por el Estado provocó el asesinato de Francisco Fernando de Habsburgo en Sarajevo en 1914, lo que dio origen a la I Guerra Mundial. Tanto el comunismo como el fascismo utilizaron el terrorismo como instrumento de su política, contando con defensores entusiastas como Liev Trotski y Georges Sorel (quien representó intermitentemente ambos extremos del espectro político). La inestabilidad

política existente durante las décadas de 1920 y 1930 dio pie a frecuentes actividades terroristas. El terrorismo tendió a integrarse dentro del conflicto más amplio de la II Guerra Mundial.

Concepto sobre terrorismo internacional

Accidente del vuelo 103 de Pan Am

Uno de los peores desastres aéreos de la historia ocurrió el 21 de diciembre de 1988, cuando el vuelo 103 de Pan Am explotó sobre la ciudad de Lockerbie, Escocia, y se estrelló a continuación. El jumbo con destino a Nueva York acababa de despegar del aeropuerto internacional de Heathrow con 224 pasajeros y 15 tripulantes. Los restos en llamas cayeron sobre la pequeña ciudad del suroeste de Escocia y mataron a 11 personas. La investigación dictaminó que la explosión fue provocada por una bomba colocada en el avión por dos personas, al parecer miembros de un grupo terrorista árabe.

En su sentido más amplio, el terrorismo es la táctica de utilizar un acto o una amenaza de violencia contra individuos o grupos para cambiar el resultado de algún proceso político. Ahora bien, el terrorismo puede ser definido de manera más específica tomando en cuenta diferentes aspectos.

- Definición gramatical, que siguiendo el diccionario de la lengua española, editado por la Real Academia Española, lo define así: "(del Latín terror) m. Dominación por el terror.// Sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror".
- Definición Histórica, "época durante la Revolución Francesa en que eran frecuentes las ejecuciones por motivos políticos".
- Definición Jurídica, que de acuerdo al diccionario de ciencias jurídicas, políticas y sociales de Manuel Osorio, lo define así: actos de violencia en contra de personas, la libertad, la propiedad, la seguridad común, la tranquilidad pública, los poderes públicos y el orden constitucional o contra la administración pública".
- Definición Militar: " serie de actos de violencia, destinados a infundir terror por medio de la eliminación de personas. Crea un estado físico y espiritual que prepara a la población para su captación y conquista y que facilita su dominación. El terrorismo tiene un objetivo aparente y sin mayor sentido en sí mismo, como es la difusión del miedo, pero su finalidad real pasada es juzgar al pueblo, a través de la aplicación de un metodología activa y esencialmente torturante".
- Definición Política: " No existe una definición política concreta sobre el terrorismo, Los países occidentales cuando internamente se ven afectados,(...) lo incluyen dentro de las figuras tipificantes de violaciones, como delitos contra las personas, la libertad(...).

Externamente, cuando deben calificarlos , lo hacen desde dos puntos de vista. El primero , si ellos han acaecidos durante el estado de guerra, estarán dentro de las violaciones a los tratados suscritos, tales como los Convenios de Ginebra de 1949, o de aspectos particularizados, como

aquellos que originaron el Acuerdo y Estatuto de Londres, del 8 de Agosto de 1945, determinantes del Tribunal de Nuremberg.

Durante el estado de paz, por la aplicación de las normas previstas en la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en 1974, en la cual se define a la agresión, por la violación de la Declaración Universal de Derechos Humanos.

Terrorismo de la posguerra

La manifestación más importante del terrorismo tras la II Guerra Mundial fue la ola de violencia internacional que tuvo lugar a mediados de la década de 1960. Varios elementos confluyeron para facilitar y hacer más evidente el terrorismo internacional: avances tecnológicos, la creación de armas más pequeñas pero con mayor poder de destrucción; los medios para una mayor rapidez de movimientos y de comunicación que disponían los terroristas; las amplias conexiones mundiales de las víctimas elegidas y la publicidad que generaba cualquier ataque terrorista.

Los orígenes de la ola terrorista que se inició en la década de los sesenta pueden remontarse al conflicto que en el Oriente Próximo enfrenta a las naciones árabes

contra Israel. A finales de la década de los cuarenta, algunos radicales judíos, como la banda Stern y el Irgun Zvai Leumi, utilizaron el terrorismo contra las comunidades árabes y otros grupos en su lucha por la independencia de Israel. Durante y después de la década de los sesenta, sus adversarios árabes decidieron utilizar el terrorismo de forma mucho más sistemática. La expulsión de guerrillas palestinas de Jordania en septiembre de 1970 fue conmemorada con la creación de un brazo terrorista extremista llamado Septiembre Negro. La OLP (Organización para la Liberación de Palestina) ha llevado a cabo operaciones terroristas y de comando tanto en Israel como en diversos países del mundo. El terrorismo internacional con base palestina disminuyó durante la década de los ochenta, en un esfuerzo de la OLP por ganarse el apoyo mundial hacia su causa, pero surgieron nuevas formas relacionadas con la revolución acaecida en Irán y el auge del fundamentalismo islámico. En 1988, una bomba destruyó el vuelo 103 de las líneas aéreas Pan American que volaba sobre Lockerbie, en Escocia, matando a las 259 personas que se encontraban en el avión, además de otras 11 en tierra. En 1991 la Agencia Central de Inteligencia estadounidense (CIA) acusó del crimen a agentes libios. Uno de los episodios terroristas más espectaculares de la historia de los Estados Unidos fue la explosión ocurrida en el World Trade Center de Nueva York en 1993. En la explosión 6 personas perdieron la vida, y se ocasionaron pérdidas económicas inmobiliarias por un valor aproximado de 600 millones de dólares. Este atentado estaba relacionado también con el terrorismo fundamentalista. Asimismo, en 1994 un atentado contra la Asociación Mutual Israelí (AMIA) de la Argentina se cobró centenas de víctimas, entre muertos y heridos. Ya en la década de los noventa, el terrorismo fundamentalista dirigido contra el gobierno socialista de Argelia había desembocado de hecho en una guerra civil, en la que tanto el Gobierno como los islámicos radicales extendían el terror a través de una brutal violencia.

El avance del terrorismo más allá del Oriente Medio en la década de los sesenta fue evidente en las tres naciones industrializadas en las que la transición del autoritarismo a la democracia, tras la II Guerra Mundial, había sido más rápida y traumática: Alemania Occidental (hoy integrada dentro de la República Federal de Alemania), Japón e Italia. En otros Estados occidentales surgieron asimismo grupos radicales de izquierda, financiados a menudo por gobiernos comunistas durante la guerra fría. Inspirados en vagas teorías revolucionarias y apoyados por simpatizantes izquierdistas de

distintos sectores sociales, los terroristas intentaban provocar el derrumbamiento del Estado mediante una reacción violenta y autodestructiva.

En Alemania Occidental, la llamada Facción del Ejército Rojo, más conocida como la banda Baader-Meinhoff, efectuó numerosos atracos a bancos y asaltó instalaciones militares estadounidenses. Sus acciones más espectaculares tuvieron lugar en 1977 con el secuestro y asesinato de un importante industrial, Hans-Martin Schleyer y el posterior secuestro, realizado por simpatizantes árabes, de un avión de Lufthansa con destino a Mogadiscio, en Somalia. Al igual que lo hiciera el grupo terrorista japonés Ejército Rojo, los miembros de la banda alemana colaboraron a menudo con los terroristas palestinos, siendo de especial relevancia el asesinato de atletas israelíes durante los Juegos Olímpicos de Munich en 1972. A finales de la década de los setenta, la mayor parte de los activistas de la Facción del Ejército Rojo se encontraba en prisión o había muerto.

La campaña terrorista llevada a cabo por el IRA tras la II Guerra Mundial surgió a partir del movimiento irlandés a favor de los derechos civiles de los años sesenta, que reclamaba mejores condiciones para los católicos de Irlanda del Norte. El terrorismo cada vez más intenso utilizado tanto por católicos como por protestantes desembocó en la segregación de ambas comunidades en zonas vigiladas por soldados y en la militarización de Irlanda. Motivados por una ideología revolucionaria de izquierda y apoyados por Libia y otros gobiernos simpatizantes de izquierda, el IRA Provisional realizó una serie de explosiones, asesinatos y otros atentados terroristas dentro y fuera de Irlanda destinados tanto contra objetivos militares como civiles. La campaña continuó hasta que el IRA declaró un alto el fuego el 31 de agosto de 1994.

La fuerza de los terroristas italianos, de quienes los más importantes eran las Brigadas Rojas, puede tener su origen en la tradición anarquista del país y en su inestabilidad política. Sus actividades culminaron en 1978 con el secuestro y asesinato del antiguo primer ministro Aldo Moro. El terrorismo de izquierda disminuyó años después, gracias a las medidas policiales, aunque no desapareció en absoluto. No obstante, el terrorismo de izquierda pareció aumentar en Italia, tal y como quedó patente en 1980 con la explosión ocurrida en la estación de ferrocarril de Bolonia. La histórica Galería de los Uffizi de Florencia fue uno de los objetivos de una serie de atentados terroristas que tuvieron lugar en 1993, al parecer ejecutados por la mafia. Muchos de estos atentados están hoy considerados como ejercicios de "propaganda negra" concebidos tanto por la derecha como por otros grupos para propiciar un clima de inestabilidad favorable a un gobierno autoritario.

Los movimientos terroristas de Latinoamérica tuvieron sus orígenes en antiguas tradiciones de conflictos políticos localizados. La principal innovación la constituyó la creación de los llamados movimientos de guerrilla urbana, ya que las actividades terroristas se desplazaron desde el campo hasta las ciudades. Sendero Luminoso, grupo terrorista maoísta del Perú, se convirtió en uno de los ejemplos más sangrientos y famosos por el uso de tácticas muy cruentas destinadas a desestabilizar el Estado y a provocar por parte de éste medidas de represión. En la década de los noventa, dentro de una tendencia existente en Italia, con rasgos específicos por la cual el crimen organizado emula a los terroristas para promover sus intereses, algunos miembros del cártel de la cocaína en Colombia utilizaron tácticas terroristas para dificultar la aplicación de las leyes orientadas a luchar contra el tráfico de drogas. Tanto en naciones del Tercer Mundo como en otros lugares, se da el fenómeno de que antiguos grupos terroristas se legitiman una vez que triunfa su lucha y obtienen el control del Gobierno o espacios concretos donde ejercer el poder. Israel y Argelia son sólo dos ejemplos de Estados cuyos funcionarios y dirigentes fueron en su día clasificados como terroristas. Los regímenes nacidos en este tipo de circunstancias pueden mantener sus vínculos con el terrorismo una vez en el poder. Se sabe que tanto Libia como Irán, ambos con Gobiernos revolucionarios, han promovido actos de terror, con carácter institucional. Durante la guerra de Vietnam, Vietnam del Norte respaldó una campaña comunista de terrorismo y subversión en Vietnam del Sur. Algunos comentaristas han considerado como terroristas acciones

realizadas por agentes israelíes del Mossad dirigidos contra la OLP y otros objetivos fuera de Israel. Corea del Norte ha llevado a cabo varios atentados terroristas contra Corea del Sur, como la explosión ocurrida en Rangún en 1983, en la que murieron 4 miembros del Gobierno y 13 surcoreanos más, y el atentado a un avión de pasajeros de las Líneas Aéreas Coreanas en 1987 ocasionado por agentes norcoreanos. Existen algunos casos, no obstante, registrados en el seno de democracias consolidadas, que evidencian la aplicación, a través de métodos terroristas, del trasnochado y cruel concepto de "razón de Estado" sobre la ciudadanía o sobre intereses generales. Uno de los ejemplos más representativos sería el atentado sufrido por el barco estrella de la organización ecologista Greenpeace, el Rainbow Warrior, en el puerto de Auckland en 1985, por obra de los servicios secretos franceses.

Uno de los más trágicos ejemplos del terrorismo actual en Europa lo constituye el protagonizado en España por la banda armada ETA, la cual, con sus constantes atentados, secuestros, asesinatos y coacciones, ha teñido de sangre el pacífico proceso español de consolidación de los valores democráticos.

Algunas agrupaciones terroristas a nivel mundial

- Japón: Rengo Segikum (ejercito Rojo).
- Medio Oriente: Al Fatah (brazo armado de la OLP), Jihad, Hezbollah, Hamas.
- Etiopía: Partido Revolucionario del Pueblo Etíopie.
- Sudán: Partido Comunista.
- Uganda: Combatientes y entr. Cubanos.
- Irlanda: IRA.
- España: ETA (Euskadi Ta Askatasuna) y GRAPO (grupo revolucionario antifascista 1° de Octubre).
- Alemania: RAF (fracción del ejército Rojo).
- Italia: Brigadas rojas y Lutta Obrera.
- Canadá: Frente de II. De Quebec.
- Estados Unidos: Ejército de Liberación Armenia.
- Chile: Frente patriótico Manuel Rodríguez (FMR) y el Movimiento Izquierdista Revolucionario (MIR).
- Argentina: Montoneros, FAR (Fuerzas armadas revolucionarias) y ERP (Ejército revolucionario del pueblo).
- Perú: Sendero Luminoso y Movimiento RevolucionarioTupac-Amaru.

- Bolivia: ELN (Ejército de liberación nacional).
- Uruguay: MLNT (Movimiento de liberación nacional Tupamarus).
- Brasil: VRP (vanguardia revolucionaria popular).
- Cuba: Partido Comunista y Escuelas y centros de instrucción.
- Guatemala: Fuerzas Armadas Revolucionarias Maoístas de Guatemala.
- Francia: Comité Antifascista Argentino
- Irak: Partido Comunista Iraquí

ETA (Euskadi Ta Askatasuna)

Organización terrorista independentista vasca (su nombre, en euskera, significa 'Euskadi y Libertad') cuyo objetivo es la obtención de la independencia del País Vasco (Euskadi) respecto del Estado español, nacida en 1959 por la fusión de EKIN, grupo nacionalista universitario, y ciertos sectores de las juventudes del Partido Nacionalista Vasco. Las Asambleas I (1962), II (1963), III (1964) y IV (1965) la definieron como una organización revolucionaria, nacionalista y anticapitalista, que utiliza la lucha armada para conseguir la independencia de Euskadi. En la V Asamblea (1967) se consagró el carácter marxista y fijó una estrategia en varios frentes: obrero, cultural, político y militar, con atracos a bancos y atentados contra las instituciones policiales que se incrementaron a partir de 1968. Se expulsó a los considerados españolistas, quienes formarían el Movimiento Comunista. Las resoluciones de la VI Asamblea (1970) no fueron aceptadas por la mayoría de los militantes históricos, al ingresar una parte de sus componentes en la Liga Comunista Revolucionaria (trotskista).

En 1970 se juzgó a varios de sus dirigentes en el denominado proceso de Burgos, que provocó una gran repulsa política contra el franquismo. Las tensiones entre el frente obrero y el militar no impidieron la realización del atentado que costó la vida al presidente del gobierno franquista Luis Carrero Blanco en 1973. Posteriormente una serie de atentados indiscriminados intensificaron los conflictos internos y dividió a partir de 1974 a la organización entre ETA militar, compuesta principalmente por militantes exiliados en el País Vasco francés y partidarios de la prioridad de la lucha armada, y ETA político-militar, con predominio de afiliados del interior que pretendían combinar la acción de masas con secuestros y atentados. Los 'poli-milis' impulsaron en 1976 una organización política de carácter marxista-leninista que debía ser la vanguardia de la lucha nacional a la que se subordinaban las acciones violentas y que acabó concretándose en la coalición Euskadiko Esquerra. Los 'milis' aprobaron un programa mínimo conocido como la alternativa KAS, de la que surgiría en 1978 Herri Batasuna que debía dar cobertura a ETA, máxima dirigente del movimiento nacionalista revolucionario.

ETA político-militar sufrió en 1977 una escisión de los llamados comandos Bereziak (especiales) que se fusionaron con ETA militar y que acabarían monopolizando la violencia política. ETA político-militar se disolverá prácticamente en 1982, después que Euskadiko Esquerra iniciara la negociación con el gobierno para liberar determinados militantes que renunciaban a la lucha armada. Múltiples acciones policiales han provocado muchas caídas de dirigentes y militantes, sobre todo a partir de 1986, cuando el gobierno francés comenzó a intervenir de manera más decidida en la colaboración

antiterrorista. ETA provocó entre 1968 y 1995, 788 víctimas mortales, convirtiéndose en el mayor problema político del Estado español.

OLP (Organización para la Liberación de Palestina)

Organización política que, desde su fundación en 1964, encarna y representa las reivindicaciones del pueblo palestino sobre los territorios ocupados por Israel tras la fundación de este Estado.

Estructura y organización

La OLP y Yassir Arafat

La OLP fue fundada durante un congreso en el sector jordano de Jerusalén en mayo de 1964. Aunque integrada por los grupos de refugiados y las guerrillas de fedayines (entre otras al Fatah, al Saiqa y el Frente Popular para la Liberación de Palestina), pronto recibió adhesiones a título individual y de asociaciones de profesionales, obreros y estudiantes. Sin embargo, los fedayines siempre han jugado un papel dominante. La OLP, de acuerdo con sus estatutos, tiene como fin movilizar al pueblo palestino para "recuperar su hogar usurpado". Su objetivo es el de sustituir Israel por un Estado laico palestino; con este fin, organizó numerosas acciones terroristas y guerrilleras dentro y fuera del país. Sin embargo, la OLP no se responsabilizó de graves atentados llevados a cabo por los fedayines, como el que ocurrió en los Juegos Olímpicos de Munich, en 1972, y durante el cual murieron varios atletas israelíes.

Tres órganos diferentes llevan a cabo las funciones de la OLP: el Comité Ejecutivo (en donde están representados los principales grupos fedayines), el Comité Central (de carácter asesor) y el Consejo Nacional de Palestina, considerado como un Parlamento del pueblo palestino.

Historia

Desde 1968, la OLP ha estado presidida por Yasir Arafat, líder de al Fatah. Durante una cumbre árabe celebrada en Rabat (Marruecos), en 1974, la OLP fue reconocida por la Liga Árabe como "la única representación legítima del pueblo palestino". Posteriormente, Arafat pronunció un discurso en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), donde la OLP posee el papel de observador.

En 1970, la OLP participó en una guerra, corta pero muy cruenta, contra las Fuerzas Armadas de Jordania, donde radicaban la mayor parte de los fedayines. Tras abandonar el territorio jordano, la OLP se instaló en el Líbano y se convirtió gradualmente en un Estado dentro de otro Estado, contribuyendo a la desintegración del libanés después de 1975. La invasión del Líbano por parte de Israel en 1982 debilitó gravemente la presencia de la OLP en ese país, intensificó la disgregación de la Organización en facciones y forzó la dispersión de 12.000 de sus miembros hacia Siria y otros países árabes. Los miembros de la OLP leales a Arafat establecieron su cuartel general en Túnez. Un bombardeo israelí en octubre de 1985 dañó seriamente sus principales edificios. En julio de 1988, el rey Husayn I de Jordania cedió a la OLP todos los derechos sobre los territorios de Cisjordania ocupados por Israel. En noviembre de ese mismo año, durante una reunión del Consejo Nacional de Palestina en Argel, Arafat anunció el establecimiento del Estado independiente de Palestina, con Jerusalén como capital. El Consejo también votó y aceptó las resoluciones 242 y 338 de la ONU (de 1967 y 1973, respectivamente). Con esto reconocieron todos los estados de Oriente Próximo y decidieron emplear las resoluciones, junto al derecho de autodeterminación del pueblo palestino, como base para la celebración de una conferencia de paz internacional. En diciembre de 1988 Estados Unidos aceptó establecer un diálogo diplomático directo con la OLP. Las relaciones

con Estados Unidos y con los estados árabes prooccidentales se deterioraron en 1991, a causa del apoyo público de Arafat a Irak durante la guerra del Golfo Pérsico. En julio de aquel año, el Ejército libanés, con el apoyo de Siria, obligó a la OLP a abandonar sus posiciones en el sur del Líbano. En enero de 1993, Israel revocó la prohibición de que sus ciudadanos se entrevistasen con miembros de la OLP. El 13 de septiembre de 1993, Arafat y el primer ministro israelí, Isaac Rabin, firmaron en Washington un histórico tratado de paz que permitía la autonomía palestina en la franja de Gaza y en Jericó.

En mayo de 1994, las tropas israelíes se retiraron de Jericó y de la franja de Gaza, dejando el control de estos territorios en manos de la Autoridad Nacional Palestina, presidida por Yasir Arafat. El control militar israelí de Cisjordania se mantendría hasta que se celebraran elecciones. La limitada autonomía palestina controlaba los impuestos, las comunicaciones, la policía y los pasaportes. Sin embargo, no desaparecieron las dudas sobre la capacidad de la OLP para mantener su autoridad sobre las áreas autónomas. Esto se debió a las recurrentes acciones terroristas del grupo radical Hamas y de los continuos choques con las Fuerzas Armadas israelíes, que, tras la llegada a la presidencia del gobierno israelí del conservador Benjamín Netanyahu, se sucedieron por la construcción de un túnel en la ciudad vieja de Jerusalén, en 1996, y de nuevas viviendas judías en esa ciudad, un año después.

Ejército Rojo

Ejército de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), constituido oficialmente el 28 de enero de 1918 a partir del Ejército Imperial ruso; el encargado de su formación fue el dirigente bolchevique Liev Trotski. Su objetivo inicial era defender las fronteras de la Unión Soviética y proteger a la revolución de sus enemigos. La incorporación a filas fue voluntaria en un principio, de acuerdo con los ideales comunistas, pero al cabo de unos meses se introdujo el reclutamiento obligatorio. Como resultado de la revolución bolchevique el Ejército Rojo no introdujo ningún saludo oficial y careció de una jerarquía definida hasta 1935; sin embargo adquirió una estructura mucho más convencional en los años siguientes, en los que aumentaron las comodidades ofrecidas a los soldados y las pagas.

Antes de que se produjera la desintegración de la Unión Soviética en 1991 —lo que supuso la propia fragmentación de este cuerpo en los distintos ejércitos de los nuevos estados—, estas tropas tomaron parte en tres importantes conflictos bélicos: la Guerra Civil rusa (1918-1920), la II Guerra Mundial (1939-1945) y la guerra de Afganistán de 1979-1989. El Ejército Rojo llegó a disponer de 12,5 millones de soldados situados en los frentes noroccidental, occidental y suroccidental cuando la lucha entre Stalin y Adolf Hitler se encontraba en su punto más crítico. Sufrió terribles pérdidas en 1942 durante las batallas decisivas de Moscú, Leningrado y Stalingrado, pero finalmente consiguió cambiar el rumbo de la guerra en favor de los aliados en la batalla de Kursk (1943), la mayor batalla de la historia de la humanidad, en la que participaron directamente dos millones de soldados. Cuando concluyó la II Guerra Mundial y comenzó la era nuclear, el Ejército Rojo pasó a ser una fuerza de vigilancia establecida en los estados del Pacto de Varsovia que se utilizó para aplastar las rebeliones contra los regímenes comunistas desatadas en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. A lo largo de la década de 1970 se reforzó este cuerpo ante la posibilidad de tener que librar una guerra convencional en Europa y para proyectar el poder soviético sobre el mundo, como oposición al de Estados Unidos. A comienzos de la década de 1980 comenzó la era de la perestroika bajo el mandato de Mijail Gorbachov, que puso fin a la Guerra fría; por último, la retirada final del Ejército Rojo de Afganistán asestó un golpe definitivo al sistema al que había apoyado fielmente durante siete décadas.

IRA (Irish Republican Army)

Ejército Republicano Irlandés, organización militar irlandesa ilegal fundada en 1919, inicialmente, para luchar contra el dominio británico en Irlanda. El IRA sustenta los objetivos del Sinn Féin, partido nacionalista irlandés que aboga por la unión de toda Irlanda, lo que significa acabar con la dependencia de Irlanda del Norte respecto del Reino Unido, aunque los dos grupos operan por separado. La primera vez que el IRA se involucró en la lucha armada fue durante la guerra de Independencia irlandesa de 1919-1922. Sin embargo, del mismo modo que el Sinn Féin sufrió una escisión tras el Tratado de Londres (1921) que estableció el Estado Libre de Irlanda, una pequeña facción del IRA aceptó el acuerdo y se integró en el Ejército del nuevo Estado. La parte mayoritaria del IRA, entonces llamada Irregulars, combatió al gobierno del Estado Libre de Irlanda en la Guerra Civil de 1922-1923. Aunque el enfrentamiento cesó en 1923, el IRA siguió reclutando y entrenando miembros y periódicamente desarrolló actos violentos. Fue prohibido en 1931 y, de nuevo, en 1935. Después de que Irlanda se retirara de la Commonwealth en 1948, tras convertirse en la República de Irlanda, el IRA volvió su atención a la eliminación del dominio británico en Irlanda del Norte, con el objetivo de constituir una República irlandesa unificada. A finales de la década de 1960, los católicos norirlandeses comenzaron una campaña de fuerza para mejorar su situación económica y política. El apoyo al IRA aumentó a medida que lo hacían sus ataques a activistas protestantes y al Ejército británico. Las divergencias de 1969 sobre la utilización de tácticas terroristas condujeron a la escisión del IRA en dos grupos: un grupo radical, IRA Provisional, que propugnaba la lucha armada y el terrorismo, y el grupo principal, el IRA Oficial, que optó por la vía política para lograr sus objetivos. El 31 de agosto de 1994, después de 25 años de lucha, el IRA declaró el alto el fuego incondicional, prometiendo suspender las operaciones militares en favor de las conversaciones de paz. Esta tregua se rompió el 9 de febrero de 1996, cuando el IRA realizó un atentado con bomba en Londres. El Sinn Féin responsabilizó de la ruptura al gobierno británico. En abril de 1997, con motivo de las inminentes elecciones británicas del mes siguiente, el IRA paralizó la actividad de Londres con multitud de avisos de bomba.

SL (Sendero Luminoso)

El SL es una organización terrorista Marxista-Leninista en contra del gobierno de Perú y los Estados Unidos que sigue las enseñanzas clásicas de Mao Tse-Tung y que alegadamente siguen la ideología de Pol Pot's Khmer Rouge. A diferencia de las guerrillas Peruanas de los 1960's que imitaban a Fidel Castro y el Che Guevara, los SL proclaman que los líderes por derecho de Perú son los indios. Evolucionó de un grupo Maoista conocido como La Bandera Roja que se dividió de la línea de Moscú en 1964.

MIR (Movimiento Izquierdista Revolucionario)

El MIR fue fundado por Trostkistas Chilenos en el 1965. Subsecuentemente deenfatisó sus Trostkistas para acomodar una orientación Castrista. A llevado a cabo actos terroristas esporádicos entre 1969 y 1970. Durante la presidencia de Allende en 1970-73, el MIR fue activo en la promoción de reformas agrarias y dirigió ocupaciones militares de estados rurales. Después del golpe militar en 1973, la mayoría de los miembros del MIR se vieron en la obligación de abandonar el país. Desde entonces el MIR ha estado activo esporádicamente. A principios de los 1980's, el MIR sufrió una serie de retrasos y no se ha podido recuperar de las pérdidas. Actualmente la membresía total es menos de cien.

FMR (Frente Manuel Rodriguez)

El FMR es el brazo militar del partido comunista Chileno. Como tal ha estado envuelto en muchas actividades anti-gubernamentales. No representa una amenaza considerable.

FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas)

Las FARC es un grupo terrorista Marxista-Leninista con orientación Soviética. El grupo representa el brazo armada del Partido Comunista Colombiano. Durante su historia, ha sufrido bastantes perdidas, pero porque tiene escondites remotos, las FARC sigue siendo el grupo mas poderoso en Colombia. También hay evidencia que las FARC están involucrados en el narcotráfico para obtener dinero y armamento.

ELN (Ejercito de Liberacion Nacional)

El ELN es una organización Castrista, anti-Americana y que tiene un fuerte seguimiento entre los curas católicos con orientación Marxista, muchos de los cuales han servido como lideres. Al igual que el EPL, no representa una amenaza.

Terrorismo y medios de comunicación:

Para efectos de este análisis, entenderemos al terrorismo como un medio violento de presión política, ejercido por grupos cuyo poder es insuficiente como para enfrentar directamente a las fuerzas regulares del Estado. Es un fenómeno de carácter preferentemente urbano, pues su fin último es causar la mayor dosis de notoriedad en la opinión pública con el menor gasto de recursos posible. Su lucha no es frontal, sino selectiva y dirigida a determinados objetivos que puedan mermar la legitimidad del Estado por la vía del temor y el contraataque desproporcionado. Por lo tanto, su principal arma no radica en la acción misma, sino en la difusión que ella conlleva, y, por ende, en el efecto que provoca en la población. De ahí su espectacularidad y -muchas veces- desmedida violencia. La acción terrorista pierde todo sentido si no es conocida ampliamente, y por tanto necesita ser anunciada en forma previa o bien reclamada su autoría.

Es aquí donde entran en escena los medios de comunicación, pues ellos se convierten en la caja de resonancia para los fines de la agrupación terrorista, e indirectamente en sus principales cómplices.

Según Rolando Rodrich (periodista peruano): "El terrorismo es una estrategia de guerra que recurre a la violencia indiscriminada, con el fin de crear una situación de terror, un generalizado estado de pánico e inseguridad, en fin, una desconfianza para minar el sistema y las instituciones que el terrorista considera causantes de su situación".

De esto último, se deduce que lo más importante detrás de una acción de este tipo, es que sea conocida de la forma más amplia y cruda posible, recordando aquel clásico principio de la sociología: "aquello que no se conoce, no existe", y donde la realidad es una construcción social surgida de la información de la cual los individuos disponen.

En cuanto a la relación que existe entre la prensa y el periodismo, una de las teorías más interesantes corresponde a la del profesor Bowyer Bell. Este autor plantea la existencia de un binomio inseparable entre profesionales de la prensa y terroristas, donde los primeros son parte activa del problema y no meros espectadores objetivos de una realidad externa. En este sentido, los autores holandeses Schimid y Graaf definen al terrorismo como un lenguaje violento, el cual no puede existir sin una comunicación efectiva, pues su fin no es la caída del Estado por la fuerza, sino su derrota por la vía de la presión popular y la deslegitimación pública. La comprobación de su teoría viene dada por la correlación que verificaron entre el aumento de la violencia política y el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación.

Históricamente, la prensa se desarrolló fuertemente en el hemisferio norte durante la segunda mitad del siglo XIX. Es en esta época cuando aparece la prensa amarilla, que es la primera que se vende a sí misma y no representa a grupos de interés. Los periódicos bajan de precio y conjuntamente se descubre el potencial económico del sensacionalismo (crímenes, guerras, escándalos, violencia, cadáveres). Nace así el periodismo Muckraking o de estercolero, del cual el magnate Randolph Hearst fue un digno representante.

Daniel Bell dice que una de las mayores contradicciones del capitalismo es que sus propios medios de comunicación se convierten en portavoces de quienes tratan de destruir el sistema.

El terrorismo, al ser un lenguaje violento, no necesita de la palabra. Basta una fotografía que se venda a bajo precio. Es por ello que -bajo el prisma terrorista- importa más el mensaje que la víctima. Esta se elige en función del eco que su muerte podrá despertar en el público, aplicando el principio de: "mata a uno y espantarás a diez mil". Por lo tanto, el nexo principal entre el terrorismo y el público son los medios, quienes han aumentado explosivamente su cobertura gracias al avance tecnológico. Hoy en día es posible apreciar una acción terrorista en vivo y en directo para más de 800 millones de espectadores, con un mínimo gasto logístico para sus autores. En tal sentido, predomina la lógica de que la "violencia escasa contemplada por muchos tiene mayor efecto que grandes violencias contempladas por pocos". Es así como la mayoría de los grupos terroristas localizan sus atentados tomando en cuenta la ubicación de corresponsales de prensa, o avisando directamente a los medios de comunicación.

Un ejemplo clásico es de las brigadas rojas italianas, las que realizaban -curiosamente- sus acciones siempre los días miércoles y sábados, pues la circulación de los diarios era mucho mayor los días jueves y domingo.

A continuación serán expuestas algunas de las teorías aplicadas al tema de la cobertura informativa del terrorismo:

- 1) -Tesis del silencio: Plantea simplemente el silencio total de los medios, osea no informar en absoluto. Utilizada en la ex URSS, por lo que así se le asigna importancia inexistencia de terrorismo en aquella sociedad.
- 2) -Tesis de la información selectiva: Se basa en la idea de que "no se publican los comunicados del enemigo, aunque informe sus movimientos". Se cubren las acciones terroristas, pero jamás en primer plano. En estos casos se privilegia la coordinación con las fuerzas de la policía.
- 3) -Tesis de la información selectiva de calidad: Propugna un análisis profundo del terrorismo con autonomía redaccional, evitando basarse en la propaganda surgida de los grupos terroristas. Se intenta explicar y no simplemente cubrir lo espectacular.

A continuación serán revisados algunos de los errores más comunes en los cuales caen los medios al informar sobre el fenómeno terrorista:

- a) El culto al objetivismo: Por el afán de informar, los medios caen en la trampa de hechos prefabricados. Quienes practican esta política informativa, se sustentan en la idea de que el público tiene derecho a saberlo todo.
- b) El culto a la rapidez: Lo inesperado de los atentados lleva a muchos periodistas a escribir primero y pensar después. Aquí vale más el golpe noticioso que las repercusiones posteriores.
- c) El culto a la competitividad: Se basa en una simple y cruda lógica de mercado: "si yo no publico primero, otro lo hará, y obtendrá la mayor tajada de las ventas y de la publicidad". Ejemplo
- d) El culto al mimetismo de las fuentes: Se confunden los términos informativos con el léxico terrorista. Se llama "ejército" a una simple banda, o se denomina "ajusticiamiento" a un asesinato a sangre fría. En estos casos, el periodista adopta el lenguaje violentista a falta de un tratamiento objetivo de las fuentes. Se utiliza una terminología como "cárceles del pueblo", "expropiación", "liberación", etc.
- e) El culto a la violencia: Según el siquiatra Frederick Hacker el terrorismo se ha convertido en una forma de entretenimiento de masas. Se percibe al mundo bastante más violento de lo que en realidad es. La TV muestra un 80% de actos de violencia en su programación (especialmente en las series policiales), mientras que -en la realidad- un policía no utiliza su arma de fuego en más de 3 ocasiones a lo largo de toda su carrera funcionaria.
- f) El culto a las malas noticias: Error que deriva de una rutina profesional que favorece lo negativo y distorsiona la realidad. El número de crímenes no se relaciona con el espacio dedicado a ellos en los periódicos. Existe una sobredimensión del fenómeno violentista.
- g) El culto a la información en directo: Sucede que al difundir públicamente -por ejemplo- que entre un grupo de rehenes de un avión se encuentra un personero importante, se beneficia al grupo terrorista en sus peticiones. También, con la cobertura en directo, se dificulta la acción y la sorpresa de los policías. En casos extremos, el líder terrorista puede controlar y decidir los horarios de transmisión.
- h) El culto a lo espectacular: Se entiende como las exigencias de una nota televisiva que convierten horas de hechos aislados e intrascendentes en segundos de acción crítica. Se construye así una verdad a la medida de los terroristas (uso de Close Up, figuras amenazantes, etc).

Estos ocho puntos ayudan a comprender que el terrorismo, mediatizado por los medios de comunicación, ofrece todos los ingredientes del drama teatral: los buenos, los malos y la intriga. Además el desenlace queda en suspenso hasta el último momento.

La violencia informativa surge de una fascinación por los acontecimientos, pero no por sus causas. Existe una propensión en el periodismo a conducirse gregariamente y no a elaborar propias conclusiones.

Dentro del ámbito ético del periodismo, diversos autores norteamericanos plantean el destierro del falso culto a la neutralidad. En tal sentido, se es pro o antiterrorista al informar, pues siempre hay que tener en vista que el profesional de la prensa también debe contribuir a crear una sociedad más pacífica. No es posible la neutralidad en su sentido original.

Existen signos fácilmente apreciables que denotan una cobertura pseudoneutral. Por ejemplo:

- Tratar la noticia terrorista como cualquier otra. (no hay especialización)
- Difusión ilimitada del entorno terrorista (propaganda, entrenamiento, símbolos, etc.).
- Búsqueda de notas exclusivas.

El problema principal que se haya detrás de la neutralidad, radica en que esta coincide con los preceptos de la máxima libertad de expresión, pero al mismo tiempo sirve a los intereses de las organizaciones terroristas.

Las diversas naciones, conscientes del desafío que impone el terrorismo a los principios de la democracia liberal, han tendido a enfrentarlo con medidas especiales:

- Tribunales especiales
- Policías entrenadas
- Legislación específica
- Recintos carcelarios segregados

Entonces cabe la pregunta: ¿Por qué entonces no establecer una política informativa acorde con esta realidad?, y por otro lado: ¿Es posible defender a ultranza los principios liberales a costa de que sea destruido el propio sistema que les da cabida?

Las preguntas quedan abiertas y nos llaman a la reflexión.

¿Cómo se maneja psicológicamente la acción del terrorismo?

La violencia -aparentemente irracional de terrorista- queda justificada por la organización misma, por sus fines. En tal sentido, se crea un vínculo ineludible entre los miembros del grupo. La mejor forma de someter a un hombre, es permitirle que asesine a otro. Sólo así se supera -en la conciencia- el hecho de que matar no es lícito. La culpabilidad es transmitida a un automatismo determinista de la situación, al punto de que si, por ejemplo, un gobierno no cumple con las peticiones de un rescate, la muerte del rehén parecerá ser resultado de un error de las autoridades y no de una acción libre y voluntaria de los propios terroristas. El terrorismo es una amenaza a todas las libertades, por lo tanto, también a la libertad de información.

Ante el dilema que plantea el fenómeno terrorista, existen diversas medidas comunicacionales que, internacionalmente, han sido aceptadas como las más acordes con la libertad de expresión.

En primer lugar, se expondrán algunas sugerencias para poder desplegar el justo derecho a la información, pero evitando -lo más posible- la cooperación con intereses terroristas:

- 1- Informar verazmente sin caer en sensacionalismos de ninguna especie.
- 2- Dimensionar la noticia según la magnitud del hecho y sus posibles repercusiones.
- 3- Tratar de reducir paulatinamente el espacio destinado a informaciones sobre terrorismo.
- 4- No difundir propaganda (comunicados, entrevistas personales, aniversarios necrológicos, etc.)
- 5- Utilizar un lenguaje independiente no de tipo terrorista.
- 6- Mantener una línea editorial consecuente de rechazo hacia la violencia.
- 7- Acordar con la policía coberturas limitadas en el caso de que corran peligro vidas humanas, sin por ello incurrir en encubrimientos de acciones ilegítimas perpetradas por agentes del Estado.

A continuación, se agregan algunas sugerencias prácticas respecto de la cobertura sobre atentados terroristas, las que fueron elaboradas por la "National Advisory Committee on Criminal Justice and Goals", Washington D.C. (1976):

- 1- Creación de un Pool de reporteros especializados en el tema y coordinados con la policía.
- 2- Evitar el uso de focos de gran potencia que obstruyan el trabajo de la policía.
- 3- Limitación de las entrevistas con secuestradores o sospechosos.
- 4- Evitar la difusión de información táctica que perjudique las operaciones policíacas.
- 5- No telefonar a los secuestradores, y notificar de inmediato a la policía de llamadas procedentes de grupos terroristas.
- 6- Limitar emisiones televisivas en directo y primeros planos de acciones policíacas.

7- No difundir detalles de acciones terroristas al punto de crear precedentes a imitar por otros grupos.

8- Coordinar a los redactores y jefes de medios junto con las autoridades, evitando el descolgamiento de alguno, pero siempre en el ámbito de la cooperación voluntaria.

9- No difundir rumores hasta comprobar su veracidad.

10- Evitar al máximo difundir las demandas de los grupos terroristas, especialmente si deciden emitirlos ellos mismos.

Cabe mencionar que estas medidas no tienen en absoluto el carácter de obligatorias, sino que tienen un valor de sugerencia sobre la base de experiencias de distintos países que han vivido el flagelo del terrorismo, y los estragos que éste ha causado por un mal manejo comunicacional del mismo.

A lo largo de este capítulo, se ha hecho un fuerte hincapié en la relación de interdependencia que subyace entre el terrorismo y los medios de comunicación. Sin embargo, y quizás por la misma dinámica del análisis, puede haber quedado la sensación de que toda acción terrorista tiene como último final su difusión, y los estragos que esta conlleva tanto a la población como a la seguridad del Estado. Tal lectura no es correcta, pues si entendemos al terrorismo como un medio de presión política, esta no siempre tiene el carácter de pública, y sus acciones no siempre apuntan hacia esta dirección. Cuando un grupo terrorista lleva a cabo acciones de financiamiento (asaltos, robos, compra de armas) no busca una cobertura amplia de los medios, sino que su accionar sólo se circunscribe al ámbito de la recaudación de fondos para sus propios fines. Por ello, se explica que en muchas ocasiones no se identifiquen, confundiéndose con delincuentes comunes, pues el robo posee un desprestigio social más amplio que - por ejemplo- el secuestro o , en ciertas circunstancias, el asesinato político.

Entonces, habría que aclarar que el terrorismo no se vincula totalmente con la labor de la prensa, sino que ambos se retroalimentan en ciertas ocasiones muy específicas. Recordemos que un atentado no corresponde a un hecho habitual en la vida de un grupo terrorista, sino que más bien es la culminación de un proceso incubado generalmente durante bastante tiempo. Ante esto, la prevención de los abusos informativos debe circunscribirse al momento cúlmine y no al trabajo rutinario de los servicios informativos. Es decir, el Estado no puede convertirse en un policía de los medios de comunicación, sino que más bien un agente de coordinación al momento de enfrentar crisis que pongan en peligro la vida de seres humanos.

I)

Algunas definiciones generales sobre el terrorismo.

Existen tantas definiciones de terrorismo como autores que han tratado el tema. A pesar de esto, utilizaremos una que nos prestará un servicio operacional a los fines de este análisis particular. Entenderemos al terrorismo como un medio de presión que transforma a la política en un tipo de guerra, y cuyo fin NO es la rendición incondicional del oponente (pues es técnicamente imposible), sino que su desorientación (del Estado) y la toma del control sobre sus acciones.

El terrorismo posee -al menos- tres características que le son esenciales:

- Es impredecible
- Es indiscriminado (hay víctimas inocentes)
- Produce sufrimiento innecesario

El terrorismo es un tipo de violencia política que actúa sobre la incertidumbre social, desquiciando la convivencia democrática, y -por ende- el funcionamiento del Estado. Su papel es demoledor, pero

nunca constructor de sociedades. Su fin último es la derrota del Estado por la vía de su propio desquiciamiento y el temor ejercido sobre la sociedad civil. Generalmente, el terrorismo se nutre de dos núcleos causales: el primero corresponde a aquellos grupos marginalizados de la toma de decisiones dentro del Estado, y el segundo se refiere a la existencia de una doctrina fundamentalista, sustituyendo ,por la fuerza, lo que la popularidad o el arraigo nacional les niega. Estos dos elementos en conjunción son requisistos -pero no determinantes- de la existencia de grupos terroristas en la actualidad.

Frente a este mal social del mundo moderno, ha resultado negativo el uso -por parte del Estado- de políticas de represión militar, pues han agravado la situación al generar una respuesta negativa de parte de importantes sectores sociales. Esto generalmente se traduce en animadversión en contra de las fuerzas represivas del Estado, y adhesiones o simpatías populares hacia la causa terrorista. Por lo tanto, una acción preventiva o correctiva del terrorismo doméstico, debería poner énfasis en acciones generadas a través de medios civiles y políticos. Es en este punto donde les cabe una gran cuota de responsabilidad a los medios de comunicación como generadores de opinión pública. Una adecuada legislación antiterrorista debe ser desarrollada tomando en cuenta los problemas que plantea la defensa del Estado de Derecho y la salvaguarda ante el uso indiscriminado de la fuerza durante estados de emergencia.

A nivel internacional, la marginación de algunos estados o grupos étnicos respecto de las decisiones mundiales y la asignación de recursos, también genera respuestas de terrorismo interestatal.

Respecto al combate del terrorismo, estudios comparativos de respuestas antiinsurgentes, muestran que las acciones exitosas en este campo, han sido aquellas que han puesto un gran énfasis en los factores políticos, más que militares. En este sentido, cabe destacar la posición del Consejo de Europa, el cual frente a este problema, acordó adoptar medidas de conjunto en el campo diplomático contra estados que ejerzan o apoyen el terrorismo internacional: suspender los vuelos hacia esos países, interrumpir el comercio militar, los flujos de inversión, las compras de materias primas y productos energéticos a tales estados. Se aplica el principio de que una adecuada combinación de medios civiles, económicos, políticos, legales y diplomáticos, aún cuando puedan y deban estar apoyados por la fuerza militar, se constituyen en la mejor respuesta de las democracias al flagelo del terror.

Carlos Miranda plantea que la impresión conceptual de lo que se entiende por terrorismo internacional es tan manifiesta, que hasta ahora ha sido prácticamente imposible legislar efectivamente sobre la materia.

El calificativo de "terrorista" se aplica habitualmente sólo a la violencia practicada por los enemigos o adversarios ; en cambio las acciones violentas de los amigos o aliados son catalogadas como "liberadoras", o como manifestaciones del "derecho de rebelión" contra tiranías opresivas. Estas posiciones ambiguas han impedido alcanzar acuerdos intergubernamentales para implementar medidas para combatir eficazmente el terrorismo.

Existen factores que caracterizan al terrorismo, según Miranda : su poder práctico, basado en la imposibilidad de prever sus ataques, esto es, cuándo, dónde y contra quién se efectuarán, otorgando grandes márgenes de impunidad a sus acciones. Resulta casi imposible elaborar un patrón teórico de él, debido a que el uso de esta facultad genera una variedad inagotable de maneras de ejercer el terror. A esto se suma su política de "propaganda de los hechos", que se refiere a : "la valoración extrema que dan a a la acción, y su consiguiente desprecio por todo lo que no es acción, incluyendo no sólo la teorí revolucionaria, sino también las prácticas de los políticos profesionales, aún de aquellos ideológicamente afines."

Para este autor, el terrorismo no es una ideología revolucionaria ni un instrumento político de ésta. El terrorismo sería una táctica, un método de utilización de la violencia, empleado por individuos con diferentes convicciones en vista de fines que pueden ser de muy distinta índole : "el terrorista no espera que de su acción se derive directamente el éxito de su causa, porque sabe que carece de la fuerza y el poder necesario para ello; su esperanza radica en que sus actos tengan un efecto propagandístico al constituirse en un ejemplo para que otros se sumen a su lucha". En este sentido, el impacto terrorista no se mide sólo por el número de víctimas, sino que -prioritariamente- por el efecto psicológico que provoca, el cual depende más de la audacia del golpe, que de la cantidad de bajas. La violencia aparece para ellos como una herramienta necesaria porue el objetivo inmediato de todo acto terrorista es provocar un gran impacto en el mayor número de personas, y ciertamente la violencia siempre causa conmoción.

Miranda plantea, basándose en los estudios de Brian Jenkins, que el terrorismo es un tipo de violencia cuyo fin es que "la gente mire". En un mundo globalizado por las comunicaciones, los efectos de un acto terrorista pueden alcanzar dimensiones planetarias (tal es el caso del secuestro a la embajada japonesa en Lima, Perú). Estos progresos tecnológicos permiten la difusión masiva, rápida y a veces instantánea de noticias, posibilitando a todo el mundo conocer simultáneamente un acontecimiento, lo que ha constituido, a nuestro entender, un poderoso incentivo para la práctica sistemática del terrorismo internacional. Sin duda, no es casual el hecho de que ésta se haya iniciado a fines de la década de 1960, coincidiendo aproximadamente con la fecha en que el acceso a la televisión se hace masivo en todo el mundo. En tal sentido, los modernos medios de comunicación representan una vitrina ideal para los terroristas. Según Walter Lanqueur : "el éxito de una operación terrorista depende, casi por completo, de la cantidad de publicidad que recibe."

Bowyer Bell, autor que ha tratado en profundidad el tema, dice que lo novedosos en el terrorismo contemporáneo radica en la divulgación instantánea a través de los medios de comunicación, especialmente la televisión. Al terrorista de hoy no le interesa solamente capturar un avión o una figura pública, sino también capturar simultáneamente a los medios : "un secuestro, un asesinato, una explosión y un robo con violencia, constituyen noticias, y los medios siempre están ávidos de noticias, con lo que se produce una relación simbiótica entre el terrorismo y los medios, de tal manera que la televisión ya no sólo responde a un evento terrorista, sino que ha llegado a ser parte integral de ese evento".

Para lograr atención periodística, el terrorismo ha diseñado dos armas prácticamente infalibles : el terrorismo indiscriminado y el terrorismo internacional. El factor sorpresa desempeña un rol preponderante, cuando cualquier individuo, en cualquier momento o lugar, puede convertirse en blanco y caer víctima de un atentado. Este constituirá por sí mismo una noticia, aunque sólo sea por lo inusitado o absurdo del hecho, y con ello el terrorista habrá logrado su objetivo primario de atraer la atención de los medios y del público. A su vez, un atentado perpetrado en el extranjero, especialmente en una ciudad importante, constituye siempre una noticia destacada, y recibe una cobertura más amplia que un atentado local.

Miranda destaca el papel de los medios de comunicación en relación al terrorismo moderno y plantea las enormes dificultades que existen al tratar de resolver o atenuar dicho problema. Sin embargo, vislumbra una salida por la vía de una reformulación del derecho internacional, tanto en la definición sobre terrorismo, como en las medidas conjuntas para combatirlo. El autor concluye su trabajo con la siguiente afirmación : "la conmoción psicológica que provoca el terrorismo es desproporcionadamente grande en relación al daño efectivamente grande, y si bien es cierto que el terrorismo ha ocupado un lugar dominante en el escenario internacional en estos últimos veinte años, lo ha hecho no tanto por sus actos cuanto por la enorme atención que ha recibido".

En el largo plazo, el terrorismo ha fracasado en sus propósitos desestabilizadores, incluso cuando opera al interior de sociedades en donde finalmente logra un efecto contrario a sus fines. En la

mayoría de los casos esto se traduce en un reforzamiento del poder y legitimidad del Estado ante la amenaza del desorden y la violencia generalizada.

III)

Algunas consideraciones sobre legislación antiterrorista.

A mediados de la década del '70, se produce en Europa la crisis del Estado del Bienestar. Se llega, finalmente, a la situación de que la violencia política condiciona el desempeño de los Estados del Continente. Ante este dilema, el poder político reacciona en dos ámbitos :

1) Dimensión internacional . Surge la discrepancia sobre la definición de lo que constituye un hecho terrorista. Se constata la existencia de un relativismo en torno a lo que este fenómeno significa, perdiendo su universalidad y solidez. Es así, como la Comunidad Europea abre -ante la nueva situación que se le presenta- un espacio judicial y policial, donde antes existían sólo intereses económicos (esto sucede desde el Acuerdo de Dublín, en 1979).

2) Al interior mismo de cada Estado, el clima anterior legitima reacciones no tradicionales de los Estados europeos involucrados. Es importante ver que esta estrategia jurídica represiva es más bien "en el" contexto terrorista (reactiva) antes que "contra" el mismo (reflexiva). Entonces surge una legislación de emergencia, en donde no hay igualdad en el contenido y las técnicas utilizadas. Es así como se agrupan una serie de Estados que han seguido estas políticas :

- a. en el Reino Unido, el poder ejecutivo adopta atribuciones especiales en todo el territorio.
- b. en Alemania, se reforma el proceso penal haciendo más difícil la defensa del acusado, y por lo tanto, restringiendo sus recursos.
- c. en Italia, la innovación fundamental, entre otras muchas, ha estado en la utilización del proceso como instrumento inmediato de política criminal.
- d. en España, varias reformas han tendido a la agilización del proceso y la suspensión constitucional de derechos fundamentales en caso de sospecha de participación actos terroristas.
- e. en cuanto a la reciente legislación francesa (1986), no hay especiales originalidades respecto a las técnicas ya utilizadas en los demás países.

Todas estas naciones apuntan al cambio de :

- 1) el derecho procesal penal, en donde se trata de que el poder ejecutivo posea una zona autónoma de acción, constitutiva de : facultades para la investigación preliminar, independiente de la intervención judicial.
- 2) el proceso penal, donde se considera la prisión provisional como regla, y no como excepción.
- 3) la legislación penal, que ha utilizado el motivo terrorista para otras finalidades : alarma social y defensa social, como efecto de la preocupación frente a la delincuencia común y la mantención del orden público.

Se puede decir incluso que se ha afectado hasta los principios básicos del derecho criminal. Ejemplo : los terroristas arrepentidos pueden atenuar sus penas (delación compensada), por lo que ya no hay proporción entre el acto criminal y la sanción correspondiente. Se habla entonces de "regresión en la estructura del derecho penal".

Todo lo anterior evidencia una "transformación en la cultura jurídica contemporánea" * . Entonces, desde mediados de la década del '70, el Estado de Derecho tradicional ha venido sufriendo cambios. Se habla de "auténtica institucionalización jurídica de la emergencia" * , lo que hace que los rasgos originales de las constituciones sufran mutaciones, -con la excepción de España, como se ha visto-. Además el ejercicio legislativo sufre modificaciones, porque el Congreso no interviene en esta materia; es el poder ejecutivo quien toma las decisiones, consultando sólo ocasionalmente al poder judicial.

Se tiene por tanto que la relación entre el Derecho y la Sociedad no es de carácter jerárquica, sino interdependientes, sucediendo lo mismo entre el Derecho y la Política. Para el autor, el fenómeno de la legislación de emergencia contra el delito de violencia política es sólo un ejemplo de una

tendencia cuyos efectos a largo plazo sólo estamos empezando a vislumbrar. Además, el derecho se ha burocratizado, dándose una clara separación entre momento creativo y momento de aplicación.

Por lo tanto, estamos viviendo un cambio en la cultura jurídica, y además se hace evidente la necesidad de asumir una nueva relación entre el ritmo de la vida jurídica y el ritmo de la vida política.

IV)

Conclusiones.

A lo largo del texto se ha visto la relación que existe entre los medios de comunicación, la cobertura de prensa y los fines que persigue el terrorismo. Asimismo, se ha entregado una visión general sobre el fenómeno terrorista y algunos de los principios legislativos aplicados en el contexto de las democracias occidentales. Sin embargo, habría que plantear algunas objeciones al tema de la cobertura periodística y el aumento de los ataques terroristas. En tal sentido, el autor norteamericano John Becker * plantea que a pesar de que aparentemente existe un mayor número de víctimas del terrorismo en el mundo occidental, esto no puede ser atribuido únicamente al papel de los medios de comunicación.

El principal problema de esta correlación reside en que la mayor parte de los actos terroristas reportados, si bien ocurre en las naciones democráticas, no se conoce en países dominados por el autoritarismo político, en los que obviamente no existe libertad de prensa, y por tanto no existe cobertura periodística. Con esto simplemente quiere decirse que un aumento del fenómeno terrorista sólo es posible de comprobar verazmente en donde existe un acceso público e igualitario a la información, y por ende, en donde la situación no es tal, tampoco es posible verificar el fenómeno.

Existen cuatro preguntas -según Hugo Frühling-, que deben plantearse al momento de estudiar la relación entre violencia política y medios de comunicación. La primera corresponde a si es que debe prohibirse a estos medios entregar información sobre actos terroristas; la segunda es si puede permitirse que sus líderes expresen la defensa de sus causas a través de la prensa; si es que los medios pueden filmar y reportear en vivo y en directo la estrategia seguida por el gobierno en la captura de los violentistas; y cuarto, si las limitaciones deben ser impuestas por el gobierno o los propios medios.

Respecto a la primera, es claro que resulta contraproducente prohibir la información, pues puede inducir a una escalada terrorista aún mayor en busca de publicidad.

La segunda cuestión resulta más complicada, pues no puede negarse el derecho a los medios de entrevistar a líderes terroristas, pero debiera incluirse información sobre el daño que sus acciones provocan, así como el punto de vista de aquellos que se oponen a sus conductas.

Respecto al tercer punto, resulta claro que la información en directo sobre el accionar de la policía daña o restringe el resultado de sus operaciones, por lo que claramente hay que establecer restricciones a este tipo de conductas. Sería conveniente que la prensa, como ocurre en Estados Unidos, se autorregulara al respecto.

Por último, y ligado al párrafo anterior, ha dado mejores resultados la autorregulación de los medios que la censura obligatoria impuesta por el Estado. Cabe citar el ejemplo de Inglaterra, en donde fue puesta en práctica la segunda opción, la que finalmente fue duramente criticada por los

defensores de la libertad de expresión; incluso favoreció, ante la opinión pública inglesa, algunas de las reivindicaciones del ejército republicano irlandés (IRA).

Finalmente, es necesario aclarar que no todo acto terrorista tiene por finalidad la publicidad. Muchas acciones se relacionan más que nada con el financiamiento de estos grupos, como por ejemplo robos perpetuados en financieras y bancos, asaltos, etc. También se relacionan con movimientos estratégicos tendientes a coordinarse con células terroristas del exterior. En definitiva, si bien es clara la relación entre la cobertura de los medios y la espectacularidad de muchos atentados terroristas, no es posible establecer una relación de causalidad, sino que más bien la prensa, no regulada, sirve como catalizador y caja de resonancia a los fines de la violencia política

Terrorismo y Posmodernismo

El Terrorismo es un epifenómeno de transición en todo cambio de Eras. Es la manifestación del enfrentamiento entre los nuevos intereses que pugnan por establecerse y los viejos intereses establecidos que se niegan a perder su preeminencia. El Terrorismo empieza siendo minoritario y violento, pero poco a poco según crece va convirtiéndose en "normal y aceptado", y va suavizando sus métodos en la medida en que va consiguiendo sus objetivos.

El presente posmoderno y el futuro enlazan perfectamente con el comienzo de la Historia, -pues en ambos casos se trata de situaciones extremas-

Más que un factor, el terrorismo es un síntoma. Por detrás de él y por encima hay toda una masa de intereses -amorfa al principio y estructurada después- que va erosionando los cimientos del mundo antiguo y empujándolo hacia el abismo, a la vez que su lugar es invadido por una nueva fauna humana y por una nueva flora objetiva de formas de vida estáticas y dinámicas.

La transición entre dos Eras suele durar unos cien años, y puede observarse en ella tres momentos: Primero: El de la aparición súbita de la "Demo" de en lo que consistirá la Nueva Era. En el paso de Piscis a Acuario la "Demo" fue el Nazismo, -militarista y violento y cruel y sin escrúpulos, que es como será todo Acuario-. El segundo momento de la transición consiste en un Repliegue hacia las formas arcaizantes, -Democracia, Ilustración, Medievalismos separatistas y sociológicos, etc.- Y el tercer momento de la transición consiste en un Suave Resurgimiento de la "Demo", difuso e imparabable. El perfil esquemático de una Transición entre Eras es el de una "S" invertida y tendida como el perfil de una Onda.

La forma terciaria, suavizada y ascendente del Nazismo es el Posmodernismo, que consiste en la Conversión al Mito, en la entrega a la Sugestión Hipnótica, a la Psicodelia, a la Extra-racionalidad, y al Revisonismo Crítico y Burlón de los valores sacralizados por la Era anterior, -en este caso la de Piscis-, tales como la Religión y la Ciencia.

WALL STREET, buque insignia del terrorismo económico y ecológico, del posmodernismo y del "nazismo suave" de las multinacionales.

Evidentemente, si el Nazismo no se hubiera cuajado de crímenes horrendos, en todo lo demás sería admirable, y habría que reconocerle como el Modelo para los dos milenios siguientes, pues en

menos de seis años llevó a sus gentes desde la más profunda miseria hasta el poderío más impresionante. Haciendo la operación lógica de identificación y sustitución de Nazismo con Terrorismo, tenemos una Era de Acuario -militarista, coactiva e inmisericorde- pero Suave en sus modales, tanto más cuanto más se vaya implantando, -lo que recuerda a la proverbial Suavidad China lenta e inexorable-.

Es evidente que algunas Zonas de Arrakis (perdón, La Tierra) están ya en pleno Acuario, otras siguen aún en Piscis, y otras no han llegado todavía a la Edad de Piedra, -como gran parte de Africa, Nueva Guinea, Insulindia, etc.-, pues las velocidades de las distintas sociedades humanas son todas diferentes. Y está asimismo claro que el Sector Acuariano de la Humanidad tiende a convertirse en Hegemónico.

Contra esta hegemonía neonazi o posmoderna se eleva el clamor dolorido de quienes se ven imposibilitados de seguirle el ritmo, y se eleva también el grito airado e ingenuo de quienes creen que los hechos pueden ser sustituidos por palabras y por discursos humanistas en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Pero no se puede, -porque los hechos y las palabras pertenecen a dos órdenes de cosas diferentes: Las segundas pertenecen al orden o categoría de las Invocaciones Mágicas, mientras que los primeros pertenecen al orden de las Realidades Tangibles-.

Curiosamente, Acuario va a ser Mitómano a la vez que Plasmático, Idealista a la vez que muy Objetivista -o "materialista"- respecto a los Resultados, Futurista a la vez que Ancestralista, y un montón más de aparentes contradicciones, que en el fondo son complementarias, pues mutuamente se potencian entre ellas.

M a n ú

LA VIOLENCIA POLITICA EN PERSPECTIVA PARA EL Y CONTRAL EL PODER Y EL ESTADO

Francisco Javier Grossi Queipo

Universidad de Oviedo.

grossi@correo.uniovi.es

Si se me permite, antes de pasar a adentrarme en el tema que aquí nos ocupa, quisiera hacer una reflexión que, a pesar de las innumerables veces que ha sido hecha, no deja de ser interesante repetirla una vez más. Nuestra civilización, desde el siglo de las luces, ha venido andando un camino de desarrollo, el del conocimiento, y de este el científico, lo que nos ha conducido a la sociedad tecnocrática actual. El paradigma de nuestra cultura se llama tecnocracia, es decir, la dirección científico-técnica de la sociedad en virtud del conocimiento exacto, riguroso, cierto y, consecuentemente neutro, que nos proporciona la ciencia, la cual, de esta manera, se convierte en un valor positivo. La potencia que este patrón ha adquirido en todos los ámbitos de conocimiento, ha hecho que la psicología se construya hoy con iguales pretensiones de rigurosidad y verdad, por lo que ha tendido hacia una cosificación y naturalización de su objeto de estudio. Sin embargo, éste no deja de ser un hecho social, o lo que es lo mismo, algo que se define en la historia y en el contexto de la interrelación humana. Por esta razón, plantear conceptos referidos al hombre en términos de universales es siempre una falsedad en sí misma.

He querido hacer esta pequeña introducción para poder plantear mi idea de violencia política desde el marco de la subjetividad. No se busquen en mí pretensiones de verdad amparadas en un posible conocimiento del tema. Mi aproximación es del todo parcial, porque así me obliga el contexto histórico ideativo en el que he sido moldeado, creado o socializado, como quiera llamársele. En cada momento histórico el concepto de un hecho puede ser definido de una forma distinta a como lo fue en el pasado, sin que por ello supongamos uniformidades de pensamiento, porque en un determinado tiempo pueden coexistir distintas concepciones. Este es el caso de la violencia política, pues no toda la sociedad reconoce las mismas cosas como violentas, lo que hace que incluso puedan llegar a justificarse de manera diversa y hasta opuesta. Existe, además, un componente de subjetividad implícita, como consecuencia de que el hecho de que estamos tratando es de naturaleza política. Por último, hemos de tener en cuenta que la violencia política es un tipo de comportamiento socialmente construido, aprendido, lo que hace que, en todo momento, haya de responder a la idiosincrasia en la que acontece.

Antes de pasar a adentrarme en el tema que nos ocupa, quisiera hacer un último inciso para señalar la naturaleza interdisciplinar de la violencia política. A menudo el psicólogo ha caído en la tentación simplificadora de explicar los fenómenos que estudia desde categorías exclusivamente psicológicas, lo que ha llevado las más de las veces a la construcción de teorías de corto alcance cuyo poder explicativo no va más allá del laboratorio en que han sido construidas. La violencia política, como decía, es un caso paradigmático de esto, olvidándonos de que en ella concurren elementos tanto históricos como sociológicos, antropológicos, políticos e incluso hasta policiales, además de los propiamente psicológicos. Por esta razón, la Psicología Social, en su pretensión de explicar este fenómeno ha de tratar de evitar tentaciones psicologistas incluyendo como parámetros de estudio tanto **factores individuales como sociales**.

Una vez hechas estas consideraciones acerca de la complejidad del fenómeno, he de intentar acotarlo y para ello empezaré por perfilar lo que entiendo por violencia para posteriormente diferenciarla de otras formas de acción violenta, especialmente la social.

La violencia, es el fenómeno de la utilización de la fuerza o la amenaza de su uso entre individuos, grupos o instituciones con el objeto de obtener algo de ese otro que, de otra forma, no estaría dispuesto a concedernos. En palabras del clásico de los estudios sobre los movimientos sociales Charles Tilly ([1978](#), p. 176) violencia es "toda interacción social como resultado de la cual hay personas u objetos que resultan dañados físicamente de manera intencionada, o a los que se amenaza de manera creíble con padecer dicho quebranto".

Esta definición, sin lugar a dudas, es demasiado genérica como para resultar operativa para nuestra meta, por lo que se hace necesario ajustarla al marco de estudio que nos hemos planteado. Es obvio, que lo que distingue una forma de violencia de otra es el objeto mismo de la violencia. En nuestro caso, lo que haría de la violencia política un fenómeno singular es que su fin último sea la

modificación, desarrollo, sostenimiento o reproducción del ordenamiento social y, por tanto, de las relaciones y estructura de poder que definen una sociedad, y con ello del Estado. En definitiva, toda acción de violencia política pretende influir en el ordenamiento social. Tal y como dice Julio Aróstegui ([1996](#), p. 12) "La violencia política es una forma de relación social inserta en cualquier conformación particular de las sociedades".

Ahora bien, lo que hace característica a la violencia política frente a otras formas de acción política es, como se deduce de la definición anteriormente hecha de violencia, la utilización de la fuerza, es decir la utilización de este medio para quebrantar la voluntad del originante o promotor de una forma dada de orden social, de tal manera que se subvierten sus deseos e intenciones. Se trataría, así pues, de conseguir que se haga algo que, de otra manera nunca sería hecho. Así vista la violencia política, hay un hecho al que remite en sus distintas formas, el de ser un instrumento de poder coactivo que es utilizado para la perpetuación, sostenimiento, modificación o cambio del poder mismo, es por tanto, un elemento de orden y cambio social. Verdaderamente no es el único, pero en la historia de la humanidad se rastrea su utilización recurrente como medio de sustentación o modificación del ordenamiento social que se construye en las relaciones sociales, relaciones que son siempre de poder.

Quiero subrayar que el que la violencia política haya sido y sea un instrumento de habitual utilizado por grupos socialmente emergentes para el cambio social no significa: 1) que todo movimiento social recurra necesariamente a ella como medio para alcanzar sus objetivos, y 2) que no existan formas alternativas para inducir el cambio social (ni que decir tiene para el caso de la sustentación del orden) al margen de la fuerza. Lo que quiero señalar es que, aunque toda recurrencia a la violencia política es para mantener o modificar el ordenamiento social, no toda sustentación o cambio social se produce a través de ella.

Siguiendo el hilo lógico de la argumentación que estamos manteniendo hasta ahora, podemos decir que la violencia política, es una forma de articular la relación que existe entre gobernantes y gobernados ([Dahrendorf, 1979](#)), lo que haría de ella un fenómeno que se articularía de arriba a abajo y viceversa, es decir, se caracterizaría por la verticalidad y por la su **naturaleza siempre colectiva**. Frente a este tipo de violencia, la de naturaleza social, se distinguiría por ser de carácter horizontal, porque en ella los actos de violentación de voluntades no tienen por objeto el poder, dado que se produce entre actores que se encuentran al mismo nivel, lo cual hace que pueda ser tanto individual como colectiva ([Aróstegui, 1976](#)).

De lo dicho hasta ahora se colige que toda violencia política tiene como referente el Estado, en tanto que, como forma de acción política que es, remite a la organización del hecho público, del que es hacedor y garante él mismo, por los canales de las instituciones, partidos y organizaciones. De esta manera, puede incluso decirse que violencia y poder se refieren mutuamente, incluso en los actuales sistemas políticos democráticos, si bien con la matización de la legitimidad de que goza la utilización de la coacción y sanción por parte de los Estados

democráticos, en los que ésta siempre se haya acotada por la legalidad (la distinción entre legítimo y legal ha de quedar siempre clara, no existiendo lo primero al margen de lo segundo).

Desde esta concepción, queda excluida del marco de la violencia política, la que, siendo ejercida para con uno por el Estado, por supuesto democrático, es consentida. El Estado democrático, cuando aplica el sistema penal y, consecuentemente, lleva a cabo una acción de penalización de la conducta de una persona o grupo, no incurriría en acto de violencia política, pues esta coacción recibe su legitimidad de haber sido realizada en virtud de la aplicación de un ordenamiento jurídico democráticamente aprobado. Esta propiedad es, quizás, una de las características más identificativas del Estado moderno, en cuanto que en él, el único legitimado para utilizar la violencia es el propio Estado. Dicho de otra manera, hasta el momento de la modernidad, la violencia constituía un modo habitual de resolución de conflictos y hasta de relación social. Sin embargo, con el advenimiento del Estado moderno, este se arroga el monopolio de la violencia a diferencia de etapas históricas del pasado en las que la violencia era una forma de acción consustancial a la política. Podemos decir que, en la medida que aparece una forma de acción política normalizada no violenta, empieza a existir la violencia política.

Ahora bien, aún cuando el Estado está legitimado para la aplicación de procedimientos sancionadores (dicho menos eufemísticamente, de la fuerza), habrá de tender a que estos sean los mínimos posibles e indispensables, en tanto que no son nunca una solución y sí, más bien, un remedio. Si algo hay en lo que se asiente la forma de gobierno que conocemos como democracia es por la limitación de la utilización de la violencia como instrumento de acción política al mínimo posible, siendo su "leiv motiv" la fundamentación de un ordenamiento en el que toda idea y acción pueda ser canalizada a través del diálogo. Se podría decir incluso, que lo anterior es tanto o más propio e identificativo de la idea de democracia, que la existencia regular de elecciones políticas, por cuanto, como sucede en la actualidad en algunos países, puede coexistir con un alto grado de violencia política y social, lo que hace que sea perfectamente cuestionable la libertad de los sujetos para obrar y decidir libremente, principio básico y fundador de la democracia. De todo ello se deduce que, cuando el Estado en su acción obra fuera de la legitimidad y la legalidad, está incurriendo en el tipo de violencia política que podríamos llamar violencia estatal.

Si esta violencia es ejercida desde el Estado, existen otras dos formas de violencia política que, siendo distintas, lo tienen también por referente. Estas serían las tres formas de violencia política que existen ([Cortina, 1996](#)): I) la mencionada anteriormente, es decir, la que ejerce el mismo Estado sobre ciudadanos, bien sean intra o ínter estatales (violencia de Estado); II) la que llevan a cabo ciudadanos (siempre a través de grupos organizados) contra el Estado, en sus distintas formas de revolución, guerrilla y **terrorismo**, y que podríamos etiquetar como violencia insurgente; y III) la que ejercen unos ciudadanos contra otros en

un proceso de enfrentamiento civil por un modelo de Estado y que, como es evidente, ha de llamarse guerra civil.

Ni que decir tiene que, de las tres formas de violencia política, es la segunda la más estudiada, lo cual no deja de ser lógico, pues constituye un desafío al orden social establecido. Es más, de las tres formas de violencia insurgente que he mencionado, es el **terrorismo** la que recaba una mayor atención, lo que nos habla de dónde y por quién se hace la investigación social. Desaparecida la Unión Soviética y llegado el llamado momento histórico del "pensamiento único", el **terrorismo** religioso y el nacionalista se han convertido en la amenaza política de mayor importancia para Occidente, al punto de que para algunos países, como los EE.UU., constituye una auténtica obsesión.

Una vez perfilado el concepto de la violencia política, he de pasar al análisis de las teorías explicativas de las causas que dan lugar a la aparición de actos violentos en la arena de la política, centrándome principalmente en la violencia insurgente. Los desarrollos teóricos que existen dentro de la Psicología Social a este respecto, han optado, en su mayoría, como no podía ser de otra manera, por un nivel de análisis individual. La cuestión a la que desde ellos se ha tratado de dar respuesta es: "¿qué es lo que conduce a una persona a adherirse a un grupo caracterizado por el recurso sistemático a la violencia como medio para la realización de sus objetivos políticos, es decir, para la transformación del orden social en el que se halla inserto?". La respuesta común a todos ellos por su evidencia son los fines, puesto que toda conducta se hace de acuerdo a fines. Dicho de otra manera, serían los objetivos políticos en torno a los que se articula el grupo. Pero es obvio que esta respuesta no es suficiente, ya que la adhesión a unos objetivos políticos no supone la implicación en acciones conducentes a su obtención, y menos cuando la acción es de carácter violento, con el consiguiente rechazo social que suscita atendiendo al principio moral de todas las grandes culturas y religiones de que la violencia es siempre rechazable. Una adecuada explicación necesita de un conjunto de factores entre los que se incluyen los de índole motivacional, la conformidad normativa del entorno social en el que se inserta la persona, de la racionalidad utilitaria percibida por esta, etc. ([David Knoke, 1990](#)).

Pues bien, dentro de este marco operativo existen dos grandes enfoques teóricos en mutua competencia por la explicación de la violencia política y que responden a concepciones de la sociedad contrapuestas ([Eckstein, 1980](#)): por un lado, el de la Deprivación Relativa, que tiene en [James C. David \(1962\)](#) y [Ted Robert Gurr \(1970\)](#) sus máximos exponentes, y que se centra en la importancia de los estados emocionales de descontento o frustración como elementos motivacionales de las acciones políticas violentas. Como se puede imaginar, tal concepción de las movilizaciones sociales responde a una representación de la sociedad, de los hechos sociales y políticos, de carácter armónico, siendo, entonces, la violencia un fenómeno anómalo y/o patológico.

Por otro lado está el modelo de la acción racional, con representantes de la talla de [Bert Klandermans \(1984\)](#), Edward N. Muller ([1979](#), [1980](#)), [Karl D. Opp \(1989\)](#), [Charles Tilly \(1978\)](#), etc., para quienes las acciones políticas violentas pueden

explicarse por cálculos racionales de los posibles costes y beneficios derivados de la acción, así como de las posibilidades de éxito de esta. La idea de sociedad que subyace en este caso es la de que se define en el conflicto; el conflicto es algo inherente a la vida social, por lo que la violencia nunca sería algo patológico, sino algo normal.

Veamos más detenidamente estos dos marcos teóricos de la explicación psicosocial de las acciones políticas violentas. Por orden de referencia veremos primero el modelo de la Deprivación Relativa. En muy resumidas cuentas, podemos decir de él, que entiende que los factores psicológicos individuales y colectivos constituyen variables intervinientes que unen y modulan la conexión entre las condiciones sociales y los movimientos de protesta. El más importante de estos factores sería el de la Deprivación Relativa (DR), concepto que hace referencia a la disparidad que existe entre lo que la gente percibe que tiene o puede alcanzar y aquello que le corresponde por derecho. Este estado psicológico sería capaz de inducir acciones de protesta y violencia entre los grupos que la manifiestan en la medida en que la autopercepción de la deprivación provoca sentimientos de descontento y rabia, que actuarían como elementos motivacionales para los cuales la agresión sería una respuesta satisfactoria. El mencionado Gurr resume así su teoría ([1970](#), pp. 12-13): "La secuencia causal primaria en la violencia política es: primero el desarrollo del descontento; segundo, la politización del descontento, y finalmente, su manifestación en la acción violenta contra objetivos y actores políticos. El descontento que surge de la percepción de DR es la condición esencial e incitadora para los participantes en la violencia colectiva... La DR se define como una discrepancia percibida entre las expectativas de valor de los hombres y sus capacidades de valor".

Dos serían las causas que, según [Gurr \(1970\)](#), pueden inducir a experimentar este estado emocional. En primer lugar, el que sobrevenga un cambio macroestructural que afecte notable y negativamente las condiciones sociales, políticas o económicas de un grupo, y en segundo lugar, el padecimiento continuado de una situación de injusticia por parte de un grupo o de una vejación de los derechos que le son propios. Ejemplo de lo primero es la aparición de grupos armados durante los procesos de transición a la democracia en algunos países como consecuencia de la frustración de las altas expectativas políticas desarrolladas por determinados segmentos de la realidad. Un ejemplo de lo segundo lo constituyen aquellos ámbitos geográficos-políticos en los que existen grupos violentos que reclaman, en el nombre del pueblo, los derechos que consideran les han sido sustraídos. No hace falta insistir en que este modelo es incapaz, por sí sólo, de explicar la violencia política. La vieja polémica actitud conducta nos habla ya de cómo los elementos motivacionales no bastan para explicar la conducta. Pero es que, además y entre otras cosas, este modelo olvida la importancia que tienen los movimientos sociales en la aparición de los sentimientos de DR ([Gurney y Tierney, 1982](#)).

El segundo modelo, frente al anterior, que era de carácter motivacional, es de corte cognitivista, pues son los sesgos cognitivos los que inducen a la toma de

decisión de participar o no en una determinada acción política. Es un modelo en el que el sujeto deja de actuar impelido por la necesidad de eliminar sus sentimientos de descontento, para pasar a hacerlo en función del análisis racional de los antecedentes y los consecuentes de su conducta. La toma de decisión sobre la realización o no de una conducta u otra, tiene, por tanto, un carácter netamente instrumental.

Según el modelo de la acción racional, la violencia política se explica a partir de la matriz costes-beneficios de la acción a desarrollar, la disponibilidad y facilidad de movilización de recursos, por el equilibrio de poder entre el propio grupo y el competidor, etc.. En definitiva, son las probabilidades de éxito de la acción a ejecutar, sus consecuencias esperadas, las que determinan que esta se lleve o no a cabo. Aparte de los mencionados factores, la racionalidad de una acción viene también determinada por su adecuación a los criterios de norma y costumbre de actuación política del grupo o cultura en la que se inscribe ([Opp, 1989](#)). Así, podemos encontrarnos la existencia de contextos políticos en los que se justifique o sancione positivamente la necesidad de recurrir a la violencia como instrumento para la inducción del cambio social. Esta sanción positiva puede ser de carácter tanto material (pecuniaria o de subsistencia) como no material (honor, prestigio social, estatus...) (Reinares, 1995). De esta manera pueden ser entendidas las acciones violentas llevadas a cabo por personas que se mueven por el deseo de ser aceptadas en su círculo social de referencia, o lo que es lo mismo, de adquirir una identidad social determinada. Por supuesto, para que la identidad social se erija como principal elemento motivacional para la realización de conductas políticas violentas, deben cumplirse al menos estas dos condiciones: primero, que tales acciones ocupen un lugar preferencial en la definición de la identidad del grupo o colectivo, y segundo, que la organización que las realiza sea percibida como portadora legítima de dicha identidad ([Pizzorno, 1978](#)).

Por supuesto que la exposición que he hecho hasta aquí de ambos modelos, debido a su necesaria brevedad, los simplifica hasta el punto que no nos permite observar su complejidad y su naturaleza global. De hecho, puede decirse que ninguno de ellos niega la existencia de los factores del otro, es más bien una cuestión de la importancia dada a unos y a otros. Por ejemplo, Gurr ([1970](#)), incluye variables tales como la justificación utilitaria de la violencia política (que está bastante cercana a la del posible éxito en el desarrollo de un conflicto violento), y que es utilizada también por el propio Muller ([1979](#) y [1980](#)), junto con las de la conformidad normativa del entorno social, las normas sociales y la disponibilidad, además de la variable más identificativa del otro modelo, la de la DR. Por otro lado, también puede decirse que la fuerza motivacional de la identidad está muy próxima a los elementos emocionales de la teoría de la DR. Aparte de los dos modelos anteriores, existe un tercero que pretende explicar la violencia política, el de las representaciones sociales, aunque en este caso se trate de la aplicación de una estructura teórica de la Psicología Social al ámbito específico que nos atañe. Quizás la diferencia fundamental entre este modelo y los anteriores es que, si bien los dos primeros son de naturaleza psicosocial, no lo son

en su más alta grado, si nos atenemos a la gradación de los niveles de explicación que existen en Psicología Social según el grupo de Loughborough (M. Billig, D. Cramer, D. Edwards, D. Howitt, B. Kniveton, J. Potter y A. Radley). En aquellos habría que reconocer: 1) la utilización de **conceptos sociales** como la identidad social, normas sociales, justificación normativa, etc.; 2) que su **perspectiva**, aún siendo individual, está muy cercana a la **grupal**, pues no olvidemos que, por ejemplo, los sentimientos de DR no promueven la acción a no ser que el individuo se sienta privado de algo que sea de alta relevancia para él mismo y el grupo; y 3) que no entienden la violencia política como un tipo de acción emprendida por un sumatorio de individuos. Sin embargo, tanto uno como otro, adolecen de un referente social. Su objetivo último es de tipo no social, ya que lo que pretenden es explicar las motivaciones y sesgos cognitivos que concurren en los individuos partícipes de dinámicas de violencia política.

Centrarnos en este nivel de análisis supone ignorar que la realidad no existe como tal, sino que es un hecho mediatizado y construido a través de las representaciones de las que es partícipe la gente y que tienen un origen social. Los sesgos cognitivos, así como las privaciones de las que creen ser objeto las personas no son fruto del análisis individual de las circunstancias que les acompañan, sino que resultan de un proceso de construcción social en el que son definidas de una manera u otra. Desde esta perspectiva, propulsada principalmente por Moscovici (1984), se postula que son nuestras representaciones sociales y, a través de estas, nuestro sentido común, las que determinan la naturaleza de nuestras conductas e informaciones. Las personas hallamos argumentos para afrontar nuestra cotidianeidad y el mundo del que formamos parte, incluido el político, en los discursos y explicaciones generados por los distintos grupos de referencia (Sabucedo, 1990).

En este sentido, y al respecto de la DR, se manifiestan los mencionados [Gurney y Tierney \(1982\)](#), para quienes no es posible olvidar la importancia que tienen los grupos y los movimientos sociales en el desarrollo de este tipo de sentimientos entre la población. Las desigualdades estructurales, señalan los mencionados autores, aunque pueden existir incluso antes de la aparición de los movimientos sociales, no tienen por qué originar sentimientos de deprivación, pudiendo aparecer estos solamente después de que el movimiento social haya empezado a hacer su trabajo de toma de conciencia de lo injusto de la situación por la que atraviesan. Es más, para que los sentimientos de DR induzcan a la participación política se debe achacar la situación de agravio e injusticia al sistema político o al gobierno, creer que la actuación emprendida es legítima, pensar que el sistema es sensible o vulnerable frente a este tipo de acciones, etc. (Dahl, 1971).

Todo este conjunto de argumentos forma parte de discursos sociales que en un momento dado atraviesan un grupo, organización, institución o sociedad y que responden a los modos de pensar que han ido cristalizando a través de procesos históricos, políticos y culturales. Tales discursos o formas de pensamiento social, se articulan en las representaciones sociales y en el sentido común de la gente, a

través de las cuales las personas definimos e interpretamos nuestra propia experiencia.

Como hemos podido ver a través de estos enfoques, la violencia política debe ser examinada como un fenómeno con arreglo a fines y, por tanto racional, cuyo objeto último se inscribe en el ámbito de la reproducción o el cambio social con referente en el Estado, razón por la cual ha de ser siempre entendida como un echo colectivo, y que encuentra su explicación dentro de las dinámicas políticas en las que se define una sociedad. Como tal, las razones y motivos últimos de los que la ejecutan no han de buscarse de forma **primigenia** en el hecho individual de los propios actores, sino en el conjunto de argumentos, explicaciones, justificaciones, visiones e ideas que manejan, y que promueve el grupo, organización o institución en el que se insertan y dentro de los cuales operan. Este conjunto ideativo, articulado en forma de discursos sociales en mutua competencia, como ya se ha dicho, solo se entiende como formas de pensamiento social que responden a fenómenos tanto macro (condiciones estructurales de reparto de poder, conflictos sociales y culturales, etc.), como microsociales (contexto político inmediato, lógica interna de la propia organización, socialización del individuo, etc.)..

Recapitulando lo dicho hasta ahora, podemos decir a modo de conclusión, que la respuesta al por qué de la violencia política, ha de buscarse dentro y no al margen de los discursos sociales en debate que existen en un determinado contexto socio-histórico (Sabucedo, 1990), sin olvidar nunca la importancia que tienen los afectos y emociones de los actores implicados, potenciadores exponenciales de las razones por estos esgrimidas.

4.- REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aróstegui, J. (1996): La especificación de lo genérico: la violencia política en perspectiva histórica. **Sistema**, vol. 132 y 133.

Cortina, A. (1996): Ética y violencia política. En **Sistema**, vol. 132 y 133.

Dahrendorf, R. (1979): Hacia una teoría del conflicto social. En A. Y E. Etzioni (comps.): **Los cambios sociales. Fuentes, tipos y consecuencias**. FCE: México.

Davies, J. C. (1962): Toward a theory of revolution. En **American Sociological Review**, vol. 27.

Eckstein, H. (1980): Theoretical approaches to explaining collective **political** violence. En Ted R. Gurr (ed.): **Handbook of political conflict**. Free Press: Nueva York.

Gurney, J. N. y Tierney, K. J. (1982): Relative deprivation and social movements: A critical look at twenty years of theory and research. **Sociological Quarterly**, **23**, pp. 33-47.

Gurr, T. R. (1970): **Why men rebel**. Princeton University Press: Princeton.

Klandermans, B. (1984): Mobilization and participation: Social psychological expansions of Resource Mobilization Theory. En **American Sociological Review**, **49**, pp. 583-600.

Knoke, D. (1990): **Organizaing for collective action. The political economies of associations**. Aldine de Gruyter. Nueva York.

- Muller, E. N. (1979): **Aggressive political participation**. Princeton University Press: Princeton.
- Muller, E. N. (1980): The psychology of **political** protest and violence. En T. R. Gurr (ed.): **Handbook of political conflict theory and research**. Free Press: Nueva York.
- Opp, K. D. (1989): **The rationality of political protest. A comparative analysis of rational choice theory**. Westview Press: Boulder.
- Pizzorno, A. (1978): **Political** exchange and collective identity in industrial conflict. En C. Crouch y A. Pizzorno (eds.): **The resurgence of class conflict in Western Europe**, vol 2. Macmillan: Londres.
- Tilly, Ch. (1978): **From Mobilization to revolution** (p. 176). Random House: Nueva York

Terrorismo y estrategia política

Por Mitus

Suele admitirse que la violencia practicada por ETA es la cuestión más grave con la que se enfrenta la sociedad española desde el comienzo de nuestra transición. Y aunque es mayoritario el sentir de que el terrorismo nunca debería ser tratado como problema político, precisamente los movimientos tácticos de los diferentes partidos ocultan a menudo la verdadera dimensión ética del problema.

Conviene rebatir una distinción muy al uso que es engañosa. En efecto, un análisis superficial indicaría que, si bien todos los partidos políticos democráticos rechazan sin reservas el terrorismo, entre ellos puede establecerse, con cierta facilidad, una clasificación en dos grupos, según sus respectivos objetivos estratégicos con respecto a aquél. Todos sin excepción desearían que finalizara la violencia, pero sólo uno de esos grupos pretendería abiertamente cumplir las exigencias del Estado de Derecho frente a quienes la practican. Para decirlo más claramente: unos estarían en el grupo de quienes depositan en la paz el objetivo último y, los otros, que no creen en la paz sin adjetivos -que puede ser la paz de la derrota o la paz de los cementerios- sino en una paz basada en la justicia. Justicia que, en una sociedad democrática, no puede ser otra cosa que la defensa del sistema constitucional y de sus reglas de juego. Sin embargo, el planteamiento del debate en tales términos, si bien es sugestivo, no se ajusta a la estrategia de los partidos políticos, incluso de los partidos democráticos. Y si conviene reflexionar acerca de cuál es la realidad de esas estrategias es porque, a mi juicio, son éstas las que están obstaculizando más gravemente el inicio de un proceso de pacificación que pueda resultar prometedor.

La complejidad del análisis reside en que, en realidad, no estamos confrontando sólo posiciones teóricas, cuyo terreno propio de debate estaría en algún idílico foro filosófico, sino objetivos políticos que, más o menos inconscientemente, integran al terrorismo en el marco de su estrategia, en lugar de considerarlo como un problema independiente de cualquier planteamiento legítimo. Lo que, en definitiva, queremos destacar, es que la confrontación política entre el nacionalismo vasco y los defensores de la unidad de España, en vez de plantearse en términos de dialéctica democrática, utiliza el terrorismo como instrumento de apoyo a sus tesis respectivas. Ni el foro de Estella ni el espíritu de Ermua son realmente planteamientos para el fin del terrorismo, sino un medio para favorecer la soberanía del País Vasco, el primero, y un instrumento para apoyar la integridad de España, el segundo. En el caso de los partidos nacionalistas, se insiste en que el medio para acabar con el terrorismo es atender sus reivindicaciones, con lo que, en vez de combatir la violencia, la usan en su propio provecho. Por su parte, cuando los partidos nacionales señalan la Constitución como única vía de lucha contra la violencia, de algún modo, no están condenando el terrorismo sólo porque éste es en sí mismo rechazable, sino también con la finalidad de defender la integridad de España. Unos y otros, en suma, desarrollan la lucha política en torno a un problema político ciertamente espinoso y nunca resuelto en nuestro país, que es el de la integración pacífica en España de la cultura y de la identidad vasca. Pero lo que ahora interesa

resaltar es que, desafortunadamente, uno de los instrumentos de esa lucha política es un determinado posicionamiento frente al fenómeno terrorista. Pienso que en el caso del Partido Nacionalista Vasco y de Eusko Alkartasuna esa instrumentalización es más burda y evidente, pero tampoco hay que obviar otra, de sentido contrario, que con más disimulo practican los grandes partidos nacionales.

Si el terrorismo es odioso en sí mismo, no debería formar parte de la lucha política. Ningún partido nacionalista debería renunciar, en un país democrático, a sus planteamientos ideológicos, por radicales que éstos pudieran resultar. Pero todos los demócratas debieran desistir incondicionalmente de intentar beneficiar su causa con el pretexto de una supuesta labor pacificadora. No se es más o menos tibio frente a ETA por ser más o menos nacionalista, sino por ser menos o más demócrata. No se es más o menos duro con ETA por ser más o menos "españolista", sino por ser más o menos demócrata. Incluso en el escenario en el que las ideas políticas pudieran estar más extremadamente alejadas unas de otras, la fe en la democracia y en el valor de la vida humana debiera ser siempre un nexo de unión indisoluble frente a los terroristas. Pero ese planteamiento, hasta cierto punto obvio y de muy sencilla formulación, implica en la práctica duras renunciaciones para quienes están llamados a llevarlo a buen puerto. Si es difícil para los nacionalistas el admitir que el final del terrorismo no menguaría ni un ápice las posibilidades de lograr democráticamente sus objetivos, no lo es menos para populares y socialistas el comprender que la solución a la violencia en modo alguno sería una solución para la cuestión vasca. La tentación de vincular ambos problemas, -que es lo que hace ETA sin ambages- es demasiado fuerte.

Terrorismo de Estado y **violencia política**

—Karlos Navarro—
Managua

La solidez de un Estado radica en el consenso y no en su capacidad coercitiva. Sin embargo cuando por alguna razón no puede construirse el consenso a través de debates, consultas y diálogos, el recurso del miedo; es decir la fuerza, el chantaje y la manipulación de la conciencia colectiva por medio de la propáganda se convierte en la necesidad primordial del Estado.

En todo este siglo, hemos observado como desde el gobierno se ha ejercido el terrorismo de Estado, de diferentes formas. En el período de los Somoza se ejerció un consenso pasivo, al aniquilar mediante el miedo cualquier voluntad de transformación que pudiera existir en el seno de la población.

El terror estatal durante la dictadura se dio de dos maneras: abierto (o masivo) y clandestino (selectivo). El primero lo constituyó todas las formas de represión cuyo único objetivo fue el escarmiento y el desestímulo a acciones que consideraba contrarias a sus intereses. El segundo fue los que realizó la policía y la Guardia Nacional, al margen de la ley para encarcelar, torturar y asesinar a los enemigos políticos fuera de la ley y a espaldas de la sociedad. Pero la institucionalización y consolidación de la **violencia política** fue producto de que el Estado y las clases dominantes eran débiles y se enfrentaban a constantes contradicciones sociales

entre ellos mismos y con el pueblo. La única forma de esconder estas contradicciones y mantenerse en el poder era el terror estatal.

A la **violencia** estructurada surgió la **contra****violencia** dirigidas contra las fuerzas represivas por parte de los movimientos populares y guerrilleros.

A comienzo de esta década se inició el proceso de pasar de una economía de Estado a una de mercado como mecanismo regulador de la economía. Este paso promovió una serie de medidas y disposiciones coherentes de tipo liberal, entre otras, se implementó el programa de Facilidad Ampliada de Ajuste Estructural (ESAF). Para la implementación de las medidas y de los planes de ajuste el Estado no solamente ha utilizado los mecanismos de fuerza tradicionales, sino conjuntos de medidas legales y económicas y de manifestaciones ideológicas discursivas para imponer sus esquemas y reglas del juego.

Esta **política** ha conllevado a una refuncionalización del Estado y consecuentemente del espacio político; asimismo a una reconceptualización de las relaciones sociales, a una definición de los lazos sociedad civil y Estado.

Estas medidas **políticas** económicas han abierto un nuevo panorama y con ello nuevas formas de **violencia** que se expresan en el ámbito fáctico y simbólico. En la primera son las formas de **violencia** patentes y en la segunda son aquellas que corresponde al ámbito de la persuasión y que se exteriorizan en el discurso.

Además de estos elementos tenemos que la **violencia** tiene relación directa con el principio de competitividad y con la meta neoliberal de la persistente búsqueda de la autorregulación del mercado.

De acuerdo a estos hechos comprobado a través del tiempo podemos comprobar que la falta de diálogo ha sido la constante en la historia de nuestro país. De esta forma el terror se ha ido convirtiendo en el elemento fundamental de la dominación estatal; esencialmente la **violencia política** la ha ejercido el Estado para poder garantizar su continuidad represiva.

El gobierno del Dr. Alemán ha ignorado esta acumulación histórica negativa y antidemocrática que hemos vivido los nicaragüenses y ha tomado la brecha del camino más pedregoso del absurdo, como es el provocar, reprimir y tratar de utilizar a la opinión pública para difundir rumores o para polarizar a la población por medio del recurso del miedo.

La lucha de los estudiantes por el seis por ciento constitucional para las universidades; la muerte del joven González en las puertas del Banco Central y la represión de la Policía llamada Nacional ha mostrado que la redemocratización de la sociedad nicaragüense que descansaba en la supuesta reconciliación de los disenso, en el indulto y el olvido no es posible todavía, debido a que aún persiste la aguda polarización, el enfrentamiento y las grietas **políticas** e ideológica.

Y no hay duda que las heridas producida por los años de guerra, exilios forzosos y desgracias naturales, aún no han cicatrizado; y la polarización de antaño no ha menguado.

La pregunta sería: ¿Qué puede hacer el gobierno del Dr. Alemán en los años que le quedan para romper este círculo vicioso de **violencia**?

En primer lugar llamar a un diálogo a los diferentes actores sociales, en segundo lugar no desconocer las iniciativas de las diferentes organizaciones de la sociedad civil y por último tener la voluntad de sentar las primeras bases para la reconstrucción y la refundación de la nación nicaragüense bajo la premisa del consenso y de acuerdos mínimos.

Violencia y política relación contradictoria

Ramón Guillermo Aveledo

1. En el principio fue la violencia

La relación entre política y violencia es esencialmente contradictoria, aunque muchos, desde adentro y desde afuera, se empeñen en presentarla como natural y hasta complementaria.

En el principio fue la violencia. Por la fuerza se dirimía el poder. Por la violencia, actual o potencial, se establecía el predominio. Antes que la política hubo violencia para resolver problemas políticos (quién manda aquí), económicos (quién reparte la comida o en qué cueva se mete cada quién) y sociales (cómo se organiza la familia). 'El hombre es un ser esencialmente agresivo. Lo ha demostrado a lo largo de su historia', escribe el moderado social demócrata Rodrigo Borja (Enciclopedia de la Política, Fondo de Cultura Económica, México, 1997).

2. La política como superación

de la violencia

La política es un invento humano cuyo propósito es resolver esos problemas de la convivencia por una metodología distinta al uso de la fuerza. Dice la clásica cita, la guerra es la política por otros medios, ¿por qué no reconocer que la política es la guerra por medios diferentes? Si partimos de la racionalidad como signo distintivo de la especie, no obstante ciertas evidencias en contrario, lo lógico será poner la política: normas, acuerdos, negociación, entendimientos, por delante y por encima de la guerra, que es el imperio de la violencia.

La política, como la vida social, no es menester solitario. La soledad, como deseo, convicción de supremacía o alienación, prohija los actos violentos de imposición. 'Es, por supuesto, frecuentemente posible gobernar a solas. Pero siempre será sumamente difícil y sumamente peligroso. Construir un desierto y llamarlo paz no es imposible. Tampoco raro. Pero, afortunadamente, la mayoría de los políticos comunes y corrientes se dan cuenta de la incalculabilidad de la violencia y no necesitan destrozarse el Estado para aprender la lección', escribe Bernard Crick, para añadir más adelante 'La política, entonces, es una manera de gobernar sociedades divididas sin violencia indebida'. (In Defense of Politics. Pelican, Londres, 1976).

3. La violencia en la política

Dicho lo precedente, sin embargo, la violencia ha estado presente en la política y viceversa. Violencia como arma política, como recurso de la lucha para mantener el poder dictadura o para rebelarse ante él insurrección y como consecuencia de la política, sea en sus expresiones de fanatismo que puede ser estructural como en el caso de los fundamentalismos de todo origen o coyuntural, por un ambiente de agudización de los conflictos sociales y polarización extrema o de anarquía. Ha habido una política de la violencia. Apología del uso de la fuerza con una racionalización teórica de la misma, como en Sorel. El francés, autor de las Reflexiones sobre la violencia (1908), inspiró tanto al bolchevismo ruso como al fascismo mussoliniano y es, según Chevalier, en la tradición de los moralistas, un pesimista. (Los grandes textos políticos. Aguilar, Madrid, 1972).

Marx, por su parte, concebía a una violencia partera de la historia. Y los autoritarismos la justifican como recurso legítimo del predominio de la clase, la raza, la nación o la seguridad nacional.

4. Ética, violencia y política

Frente a quienes justifican la violencia desde una perspectiva ética, hay que ver la raíz ética de lo político. De los autores que se pronuncian sobre el asunto, escojo al jesuita Jean Ives Calvez (Política, Ética y Violencia en Violencia y Política. Monte Avila, Caracas, 1972), quien constata que la relación nos coloca ante 'todo tipo de casos de conciencia' y cree que la violencia es más una

situación que una acción y propone que 'la superación de la violencia, ciertamente, es el fin de la voluntad moral. Es decir, que ésta aspira de manera eminente a la superación de la violencia'.

5. La democracia, opción a la violencia

Todo ello nos lleva al 'único lugar posible'.

Humanamente, la opción ética a la violencia como medio de resolver los conflictos sociales, es la ética democrática. Una organización de la vida en común que se fundamenta en la libertad y la responsabilidad.

¿En qué se funda el orden democrático? En un conjunto de reglas, doctrinarias primero y jurídicas después, para resolver los conflictos en paz y en libertad. No cree la democracia que no existen los conflictos, pues parte del hecho del pluralismo y por eso marca distancia con todo hegemonismo ideológico o social. No somos uno ni tampoco dos, los buenos=nosotros y los malos=ellos. Somos varios distintos y a veces hasta contradictorios que vivimos juntos y juntos hemos de encontrar respuesta a los problemas comunes. Convivencia, tolerancia, concordia son elementos constitutivos de la democracia.

LA VIOLENCIA POLITICA EN PERSPECTIVA PARA EL Y CONTRAL EL PODER Y EL ESTADO

Francisco Javier Grossi Queipo

Universidad de Oviedo.

grossi@correo.uniovi.es

Si se me permite, antes de pasar a adentrarme en el tema que aquí nos ocupa, quisiera hacer una reflexión que, a pesar de las innumerables veces que ha sido hecha, no deja de ser interesante repetirla una vez más. Nuestra civilización, desde el siglo de las luces, ha venido andando un camino de desarrollo, el del conocimiento, y de este el científico, lo que nos ha conducido a la sociedad tecnocrática actual. El paradigma de nuestra cultura se llama tecnocracia, es decir, la dirección científico-técnica de la sociedad en virtud del conocimiento exacto, riguroso, cierto y, consecuentemente neutro, que nos proporciona la ciencia, la cual, de esta manera, se convierte en un valor positivo. La potencia que este patrón ha adquirido en todos los ámbitos de conocimiento, ha hecho que la psicología se construya hoy con iguales pretensiones de rigurosidad y verdad, por lo que ha tendido hacia una cosificación y naturalización de su objeto de estudio. Sin embargo, éste no deja de ser un hecho social, o lo que es lo mismo, algo que se define en la historia y en el contexto de la interrelación humana. Por esta razón, plantear conceptos referidos al hombre en términos de universales es siempre una falsedad en sí misma.

He querido hacer esta pequeña introducción para poder plantear mi idea de violencia política desde el marco de la subjetividad. No se busquen en mí pretensiones de verdad amparadas en un posible conocimiento del tema. Mi aproximación es del todo parcial, porque así me obliga el contexto histórico ideativo en el que he sido moldeado, creado o socializado, como quiera llamársele. En cada momento histórico el concepto de un hecho puede ser definido de una forma distinta a como lo fue en el pasado, sin que por ello supongamos uniformidades de pensamiento, porque en un determinado tiempo pueden coexistir distintas concepciones. Este es el caso de la violencia política, pues no toda la sociedad reconoce las mismas cosas como violentas, lo que hace que incluso puedan llegar a justificarse de manera diversa y hasta opuesta. Existe, además, un componente de subjetividad implícita, como consecuencia de que el hecho de que estamos tratando es de naturaleza política. Por último, hemos de tener en cuenta que la violencia política es un tipo de comportamiento socialmente construido, aprendido, lo que hace que, en todo momento, haya de responder a la idiosincrasia en la que acontece.

Antes de pasar a adentrarme en el tema que nos ocupa, quisiera hacer un último inciso para señalar la naturaleza interdisciplinar de la violencia política. A menudo el psicólogo ha caído en la tentación simplificadora de explicar los fenómenos que estudia desde categorías exclusivamente psicológicas, lo que ha llevado las más de las veces a la construcción de teorías de corto alcance cuyo poder explicativo no va más allá del laboratorio en que han sido construidas. La violencia política, como decía, es un caso paradigmático de esto, olvidándonos de que en ella concurren elementos tanto históricos como sociológicos, antropológicos, políticos e incluso hasta policiales, además de los propiamente psicológicos. Por esta razón, la Psicología Social, en su pretensión de explicar este fenómeno ha de tratar de evitar tentaciones psicologicistas incluyendo como parámetros de estudio tanto factores individuales como sociales.

Una vez hechas estas consideraciones acerca de la complejidad del fenómeno, he de intentar acotarlo y para ello empezaré por perfilar lo que entiendo por violencia para posteriormente diferenciarla de otras formas de acción violenta, especialmente la social.

La violencia, es el fenómeno de la utilización de la fuerza o la amenaza de su uso entre individuos, grupos o instituciones con el objeto de obtener algo de ese otro que, de otra forma, no estaría dispuesto a concedernos. En palabras del clásico de los estudios sobre los movimientos sociales Charles Tilly (1978, p. 176) violencia es "toda interacción social como resultado de la cual hay personas u objetos que resultan dañados físicamente de manera intencionada, o a los que se amenaza de manera creíble con padecer dicho quebranto".

Esta definición, sin lugar a dudas, es demasiado genérica como para resultar operativa para nuestra meta, por lo que se hace necesario ajustarla al marco de estudio que nos hemos planteado. Es obvio, que lo que distingue una forma de violencia de otra es el objeto mismo de la violencia. En nuestro caso, lo que haría de la violencia política un fenómeno singular es que su fin último sea la modificación, desarrollo, sostenimiento o reproducción del ordenamiento social y, por tanto, de las relaciones y estructura de poder que definen una sociedad, y con ello del Estado. En definitiva, toda acción de violencia política pretende influir en el ordenamiento social. Tal y como dice Julio Aróstegui (1996, p. 12) "La violencia política es una forma de relación social inserta en cualquier conformación particular de las sociedades".

Ahora bien, lo que hace característica a la violencia política frente a otras formas de acción política es, como se deduce de la definición anteriormente hecha de violencia, la utilización de la fuerza, es decir la utilización de este medio para quebrantar la voluntad del originante o promotor de una forma dada de orden social, de tal manera que se subvierten sus deseos e intenciones. Se trataría, así pues, de conseguir que se haga algo que, de otra manera nunca sería hecho. Así vista la violencia política, hay un hecho al que remite en sus distintas formas, el de ser un instrumento de poder coactivo que es utilizado para la perpetuación, sostenimiento, modificación o cambio del poder mismo, es por tanto, un elemento de orden y cambio social. Verdaderamente no es el único, pero en la historia de la humanidad se rastrea su utilización recurrente como medio de sustentación o modificación del ordenamiento social que se construye en las relaciones sociales, relaciones que son siempre de poder.

Quiero subrayar que el que la violencia política haya sido y sea un instrumento de habitual utilizado por grupos socialmente emergentes para el cambio social no significa: 1) que todo movimiento social recurra necesariamente a ella como medio para alcanzar sus objetivos, y 2) que no existan formas alternativas para inducir el cambio social (ni que decir tiene para el caso de la sustentación del orden) al margen de la fuerza. Lo que quiero señalar es que, aunque toda recurrencia a la violencia política es para mantener o modificar el ordenamiento social, no toda sustentación o cambio social se produce a través de ella.

Siguiendo el hilo lógico de la argumentación que estamos manteniendo hasta ahora, podemos decir que la violencia política, es una forma de articular la relación que existe entre gobernantes y gobernados (Dahrendorf, 1979), lo que haría de ella un fenómeno que se articularía de arriba a abajo y viceversa, es decir, se caracterizaría por la verticalidad y por la su naturaleza siempre colectiva. Frente a este tipo de violencia, la de naturaleza social, se distinguiría por ser de carácter horizontal, porque en ella los actos de violentación de voluntades no tienen por objeto el poder, dado que se produce entre actores que se encuentran al mismo nivel, lo cual hace que pueda ser tanto individual como colectiva (Aróstegui, 1976).

De lo dicho hasta ahora se colige que toda violencia política tiene como referente el Estado, en tanto que, como forma de acción política que es, remite a la organización del hecho público, del que es hacedor y garante él mismo, por los canales de las instituciones, partidos y organizaciones. De esta manera, puede incluso decirse que violencia y poder se refieren mutuamente, incluso en los actuales sistemas políticos democráticos, si bien con la matización de la legitimidad de que goza la utilización de la coacción y sanción por parte de los Estados democráticos, en los que ésta siempre se haya acotada por la legalidad (la distinción entre legítimo y legal ha de quedar siempre clara, no existiendo lo primero al margen de lo segundo).

Desde esta concepción, queda excluida del marco de la violencia política, la que, siendo ejercida para con uno por el Estado, por supuesto democrático, es consentida. El Estado democrático, cuando aplica el sistema penal y, consecuentemente, lleva a cabo una acción de penalización de la conducta de una persona o grupo, no incurriría en acto de violencia política, pues esta coacción recibe su legitimidad de haber sido realizada en virtud de la aplicación de un ordenamiento jurídico democráticamente aprobado. Esta propiedad es, quizás, una de las características más identificativas del Estado moderno, en cuanto que en él, el único legitimado para utilizar la violencia es el propio Estado. Dicho de otra manera, hasta el momento de la modernidad, la violencia constituía un modo habitual de resolución de conflictos y hasta de relación social. Sin embargo, con el advenimiento del Estado moderno, este se arroga el monopolio de la violencia a diferencia de etapas históricas del pasado en las que la violencia era una forma de acción consustancial a la política. Podemos decir que, en la medida que aparece una forma de acción política normalizada no violenta, empieza a existir la violencia política.

Ahora bien, aún cuando el Estado está legitimado para la aplicación de procedimientos sancionadores (dicho menos eufemísticamente, de la fuerza), habrá de tender a que estos sean los mínimos posibles e indispensables, en tanto que no son nunca una solución y sí, más bien, un remedio. Si algo hay en lo que se asiente la forma de gobierno que conocemos como democracia es por la limitación de la utilización de la violencia como instrumento de acción política al mínimo posible, siendo su "leiv motiv" la fundamentación de un ordenamiento en el que toda idea y acción pueda ser canalizada a través del diálogo. Se podría decir incluso, que lo anterior es tanto o más propio e identificativo de la idea de democracia, que la existencia regular de elecciones políticas, por cuanto, como sucede en la actualidad en algunos países, puede coexistir con un alto grado de violencia política y social, lo que hace que sea perfectamente cuestionable la libertad de los sujetos para obrar y decidir libremente, principio básico y fundador de la democracia. De todo ello se deduce que, cuando el Estado en su acción obra fuera de la legitimidad y la legalidad, esta incurriendo en el tipo de violencia política que podríamos llamar violencia estatal.

Si esta violencia es ejercida desde el Estado, existen otras dos formas de violencia política que, siendo distintas, lo tienen también por referente. Estas serían las tres formas de violencia política que existen (Cortina, 1996): I) la mencionada anteriormente, es decir, la que ejerce el mismo Estado sobre ciudadanos, bien sean intra o inter estatales (violencia de Estado); II) la que llevan a cabo ciudadanos (siempre a través de grupos organizados) contra el Estado, en sus distintas formas de revolución, guerrilla y terrorismo, y que podríamos etiquetar como violencia insurgente;

y III) la que ejercen unos ciudadanos contra otros en un proceso de enfrentamiento civil por un modelo de Estado y que, como es evidente, ha de llamarse guerra civil.

Ni que decir tiene que, de las tres formas de violencia política, es la segunda la más estudiada, lo cual no deja de ser lógico, pues constituye un desafío al orden social establecido. Es más, de las tres formas de violencia insurgente que he mencionado, es el terrorismo la que recaba una mayor atención, lo que nos habla de dónde y por quién se hace la investigación social. Desaparecida la Unión Soviética y llegado el llamado momento histórico del "pensamiento único", el terrorismo religioso y el nacionalista se han convertido en la amenaza política de mayor importancia para Occidente, al punto de que para algunos países, como los EE.UU., constituye una auténtica obsesión.

Una vez perfilado el concepto de la violencia política, he de pasar al análisis de las teorías explicativas de las causas que dan lugar a la aparición de actos violentos en la arena de la política, centrándome principalmente en la violencia insurgente. Los desarrollos teóricos que existen dentro de la Psicología Social a este respecto, han optado, en su mayoría, como no podía ser de otra manera, por un nivel de análisis individual. La cuestión a la que desde ellos se ha tratado de dar respuesta es: "¿qué es lo que conduce a una persona a adherirse a un grupo caracterizado por el recurso sistemático a la violencia como medio para la realización de sus objetivos políticos, es decir, para la transformación del orden social en el que se halla inserto?". La respuesta común a todos ellos por su evidencia son los fines, puesto que toda conducta se hace de acuerdo a fines. Dicho de otra manera, serían los objetivos políticos en torno a los que se articula el grupo. Pero es obvio que esta respuesta no es suficiente, ya que la adhesión a unos objetivos políticos no supone la implicación en acciones conducentes a su obtención, y menos cuando la acción es de carácter violento, con el consiguiente rechazo social que suscita atendiendo al principio moral de todas las grandes culturas y religiones de que la violencia es siempre rechazable. Una adecuada explicación necesita de un conjunto de factores entre los que se incluyen los de índole motivacional, la conformidad normativa del entorno social en el que se inserta la persona, de la racionalidad utilitaria percibida por esta, etc. (David Knoke, 1990).

Pues bien, dentro de este marco operativo existen dos grandes enfoques teóricos en mutua competencia por la explicación de la violencia política y que responden a concepciones de la sociedad contrapuestas (Eckstein, 1980): por un lado, el de la Deprivación Relativa, que tiene en James C. David (1962) y Ted Robert Gurr (1970) sus máximos exponentes, y que se centra en la importancia de los estados emocionales de descontento o frustración como elementos motivacionales de las acciones políticas violentas. Como se puede imaginar, tal concepción de las movilizaciones sociales responde a una representación de la sociedad, de los hechos sociales y políticos, de carácter armónico, siendo, entonces, la violencia un fenómeno anómalo y/o patológico.

Por otro lado está el modelo de la acción racional, con representantes de la talla de Bert Klandermans (1984), Edward N. Muller (1979, 1980), Karl D. Opp (1989), Charles Tilly (1978), etc., para quienes las acciones políticas violentas pueden explicarse por cálculos racionales de los posibles costes y beneficios derivados de la acción, así como de las posibilidades de éxito de esta. La idea de sociedad que subyace en este caso es la de que se define en el conflicto; el conflicto es algo inherente a la vida social, por lo que la violencia nunca sería algo patológico, sino algo normal.

Veamos más detenidamente estos dos marcos teóricos de la explicación psicosocial de las acciones políticas violentas. Por orden de referencia veremos primero el modelo de la Deprivación Relativa. En muy resumidas cuentas, podemos decir de él, que entiende que los factores psicológicos individuales y colectivos constituyen variables intervinientes que unen y modulan la conexión entre las condiciones sociales y los movimientos de protesta. El más importante de estos factores sería el de la Deprivación Relativa (DR), concepto que hace referencia a la disparidad que existe entre lo que la gente percibe que tiene o puede alcanzar y aquello que le corresponde por derecho. Este

estado psicológico sería capaz de inducir acciones de protesta y violencia entre los grupos que la manifiestan en la medida en que la autopercepción de la privación provoca sentimientos de descontento y rabia, que actuarían como elementos motivacionales para los cuales la agresión sería una respuesta satisfactoria. El mencionado Gurr resume así su teoría (1970, pp. 12-13): "La secuencia causal primaria en la violencia política es: primero el desarrollo del descontento; segundo, la politización del descontento, y finalmente, su manifestación en la acción violenta contra objetivos y actores políticos. El descontento que surge de la percepción de DR es la condición esencial e incitadora para los participantes en la violencia colectiva... La DR se define como una discrepancia percibida entre las expectativas de valor de los hombres y sus capacidades de valor".

Dos serían las causas que, según Gurr (1970), pueden inducir a experimentar este estado emocional. En primer lugar, el que sobrevenga un cambio macroestructural que afecte notable y negativamente las condiciones sociales, políticas o económicas de un grupo, y en segundo lugar, el padecimiento continuado de una situación de injusticia por parte de un grupo o de una vejación de los derechos que le son propios. Ejemplo de lo primero es la aparición de grupos armados durante los procesos de transición a la democracia en algunos países como consecuencia de la frustración de las altas expectativas políticas desarrolladas por determinados segmentos de la realidad. Un ejemplo de lo segundo lo constituyen aquellos ámbitos geográficos-políticos en los que existen grupos violentos que reclaman, en el nombre del pueblo, los derechos que consideran les han sido sustraídos.

No hace falta insistir en que este modelo es incapaz, por sí sólo, de explicar la violencia política. La vieja polémica actitud conducta nos habla ya de cómo los elementos motivacionales no bastan para explicar la conducta. Pero es que, además y entre otras cosas, este modelo olvida la importancia que tienen los movimientos sociales en la aparición de los sentimientos de DR (Gurney y Tierney, 1982).

El segundo modelo, frente al anterior, que era de carácter motivacional, es de corte cognitivista, pues son los sesgos cognitivos los que inducen a la toma de decisión de participar o no en una determinada acción política. Es un modelo en el que el sujeto deja de actuar impelido por la necesidad de eliminar sus sentimientos de descontento, para pasar a hacerlo en función del análisis racional de los antecedentes y los consecuentes de su conducta. La toma de decisión sobre la realización o no de una conducta u otra, tiene, por tanto, un carácter netamente instrumental.

Según el modelo de la acción racional, la violencia política se explica a partir de la matriz costes-beneficios de la acción a desarrollar, la disponibilidad y facilidad de movilización de recursos, por el equilibrio de poder entre el propio grupo y el competidor, etc.. En definitiva, son las probabilidades de éxito de la acción a ejecutar, sus consecuencias esperadas, las que determinan que esta se lleve o no a cabo. Aparte de los mencionados factores, la racionalidad de una acción viene también determinada por su adecuación a los criterios de norma y costumbre de actuación política del grupo o cultura en la que se inscribe (Opp, 1989). Así, podemos encontrarnos la existencia de contextos políticos en los que se justifique o sancione positivamente la necesidad de recurrir a la violencia como instrumento para la inducción del cambio social. Esta sanción positiva puede ser de carácter tanto material (pecuniaria o de subsistencia) como no material (honor, prestigio social, estatus...) (Reinares, 1995). De esta manera pueden ser entendidas las acciones violentas llevadas a cabo por personas que se mueven por el deseo de ser aceptadas en su círculo social de referencia, o lo que es lo mismo, de adquirir una identidad social determinada. Por supuesto, para que la identidad social se erija como principal elemento motivacional para la realización de conductas políticas violentas, deben cumplirse al menos estas dos condiciones: primero, que tales acciones ocupen un lugar preferencial en la definición de la identidad del grupo o colectivo, y segundo, que la organización que las realiza sea percibida como portadora legítima de dicha identidad (Pizzorno, 1978).

Por supuesto que la exposición que he hecho hasta aquí de ambos modelos, debido a su necesaria brevedad, los simplifica hasta el punto que no nos permite observar su complejidad y su naturaleza global. De hecho, puede decirse que ninguno de ellos niega la existencia de los factores del otro, es más bien una cuestión de la importancia dada a unos y a otros. Por ejemplo, Gurr (1970), incluye variables tales como la justificación utilitaria de la violencia política (que está bastante cercana a la del posible éxito en el desarrollo de un conflicto violento), y que es utilizada también por el propio Muller (1979 y 1980), junto con las de la conformidad normativa del entorno social, las normas sociales y la disponibilidad, además de la variable más identificativa del otro modelo, la de la DR. Por otro lado, también puede decirse que la fuerza motivacional de la identidad está muy próxima a los elementos emocionales de la teoría de la DR.

Aparte de los dos modelos anteriores, existe un tercero que pretende explicar la violencia política, el de las representaciones sociales, aunque en este caso se trate de la aplicación de una estructura teórica de la Psicología Social al ámbito específico que nos atañe. Quizás la diferencia fundamental entre este modelo y los anteriores es que, si bien los dos primeros son de naturaleza psicosocial, no lo son en su más alta grado, si nos atenemos a la gradación de los niveles de explicación que existen en Psicología Social según el grupo de Loughborough (M. Billig, D. Cramer, D. Edwards, D. Howitt, B. Kniveton, J. Potter y A. Radley). En aquellos habría que reconocer: 1) la utilización de conceptos sociales como la identidad social, normas sociales, justificación normativa, etc.; 2) que su perspectiva, aún siendo individual, está muy cercana a la grupal, pues no olvidemos que, por ejemplo, los sentimientos de DR no promueven la acción a no ser que el individuo se sienta privado de algo que sea de alta relevancia para él mismo y el grupo; y 3) que no entienden la violencia política como un tipo de acción emprendida por un sumatorio de individuos. Sin embargo, tanto uno como otro, adolecen de un referente social. Su objetivo último es de tipo no social, ya que lo que pretenden es explicar las motivaciones y sesgos cognitivos que concurren en los individuos partícipes de dinámicas de violencia política.

Centrarnos en este nivel de análisis supone ignorar que la realidad no existe como tal, sino que es un hecho mediatizado y construido a través de las representaciones de las que es partícipe la gente y que tienen un origen social. Los sesgos cognitivos, así como las privaciones de las que creen ser objeto las personas no son fruto del análisis individual de las circunstancias que les acompañan, sino que resultan de un proceso de construcción social en el que son definidas de una manera u otra. Desde esta perspectiva, propulsada principalmente por Moscovici (1984), se postula que son nuestras representaciones sociales y, a través de estas, nuestro sentido común, las que determinan la naturaleza de nuestras conductas e informaciones. Las personas hallamos argumentos para afrontar nuestra cotidianidad y el mundo del que formamos parte, incluido el político, en los discursos y explicaciones generados por los distintos grupos de referencia (Sabucedo, 1990).

En este sentido, y al respecto de la DR, se manifiestan los mencionados Gurney y Tierney (1982), para quienes no es posible olvidar la importancia que tienen los grupos y los movimientos sociales en el desarrollo de este tipo de sentimientos entre la población. Las desigualdades estructurales, señalan los mencionados autores, aunque pueden existir incluso antes de la aparición de los movimientos sociales, no tienen por qué originar sentimientos de privación, pudiendo aparecer estos solamente después de que el movimiento social haya empezado a hacer su trabajo de toma de conciencia de lo injusto de la situación por la que atraviesan. Es más, para que los sentimientos de DR induzcan a la participación política se debe achacar la situación de agravio e injusticia al sistema político o al gobierno, creer que la actuación emprendida es legítima, pensar que el sistema es sensible o vulnerable frente a este tipo de acciones, etc. (Dahl, 1971).

Todo este conjunto de argumentos forma parte de discursos sociales que en un momento dado atraviesan un grupo, organización, institución o sociedad y que responden a los modos de pensar que han ido cristalizando a través de procesos históricos, políticos y culturales. Tales discursos o formas de pensamiento social, se articulan en las representaciones sociales y en el sentido común

de la gente, a través de las cuales las personas definimos e interpretamos nuestra propia experiencia.

Como hemos podido ver a través de estos enfoques, la violencia política debe ser examinada como un fenómeno con arreglo a fines y, por tanto racional, cuyo objeto último se inscribe en el ámbito de la reproducción o el cambio social con referente en el Estado, razón por la cual ha de ser siempre entendida como un eco colectivo, y que encuentra su explicación dentro de las dinámicas políticas en las que se define una sociedad. Como tal, las razones y motivos últimos de los que la ejecutan no han de buscarse de forma primigenia en el hecho individual de los propios actores, sino en el conjunto de argumentos, explicaciones, justificaciones, visiones e ideas que manejan, y que promueve el grupo, organización o institución en el que se insertan y dentro de los cuales operan. Este conjunto ideativo, articulado en forma de discursos sociales en mutua competencia, como ya se ha dicho, solo se entiende como formas de pensamiento social que responden a fenómenos tanto macro (condiciones estructurales de reparto de poder, conflictos sociales y culturales, etc.), como microsociales (contexto político inmediato, lógica interna de la propia organización, socialización del individuo, etc.).

Recapitulando lo dicho hasta ahora, podemos decir a modo de conclusión, que la respuesta al por qué de la violencia política, ha de buscarse dentro y no al margen de los discursos sociales en debate que existen en un determinado contexto socio-histórico (Sabucedo, 1990), sin olvidar nunca la importancia que tienen los afectos y emociones de los actores implicados, potenciadores exponenciales de las razones por estos esgrimidas.

4.- REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aróstegui, J. (1996): La especificación de lo genérico: la violencia política en perspectiva histórica. Sistema, vol. 132 y 133.
- Cortina, A. (1996): Ética y violencia política. En Sistema, vol. 132 y 133.
- Dahrendorf, R. (1979): Hacia una teoría del conflicto social. En A. Y E. Etzioni (comps.): Los cambios sociales. Fuentes, tipos y consecuencias. FCE: México.
- Davies, J. C. (1962): Toward a theory of revolution. En American Sociological Review, vol. 27.
- Eckstein, H. (1980): Theoretical approaches to explaining collective political violence. En Ted R. Gurr (ed.): Handbook of political conflict. Free Press: Nueva York.
- Gurney, J. N. y Tierney, K. J. (1982): Relative deprivation and social movements: A critical look at twenty years of theory and research. Sociological Quarterly, 23, pp. 33-47.
- Gurr, T. R. (1970): Why men rebel. Princeton University Press: Princeton.
- Klandermans, B. (1984): Mobilization and participation: Social psychological expansions of Resource Mobilization Theory. En American Sociological Review, 49, pp. 583-600.
- Knoke, D. (1990): Organizing for collective action. The political economies of associations. Aldine de Gruyter. Nueva York.
- Muller, E. N. (1979): Aggressive political participation. Princeton University Press: Princeton.
- Muller, E. N. (1980): The psychology of political protest and violence. En T. R. Gurr (ed.): Handbook of political conflict theory and research. Free Press: Nueva York.
- Opp, K. D. (1989): The rationality of political protest. A comparative analysis of rational choice theory. Westview Press: Boulder.
- Pizzorno, A. (1978): Political exchange and collective identity in industrial conflict. En C. Crouch y A. Pizzorno (eds.): The resurgence of class conflict in Western Europe, vol 2. Macmillan: Londres.
- Tilly, Ch. (1978): From Mobilization to revolution (p. 176). Random House: Nueva York.

La violencia política hacia el siglo XXI

Las diferencias entre palestinos e israelíes son analizadas por Amos Oz y Edward Said. El primero, uno de los escritores más reconocidos en Israel, luchó en la Guerra de los Seis Días y en la de Yom Kippur, obtuvo el Premio de la Paz de Alemania, el Prix Femina de Francia al mejor libro extranjero

y el Premio de Literatura de su país. En la conversación que sigue, realizada este año en Arad, Oz habla de su vida, su obra, del enfrentamiento entre israelíes y palestinos y del posible desenlace de esa lucha. Por otra parte, las reflexiones del analista político y escritor de origen palestino Edward W. Said sirven también para revisar esta lucha, a propósito de la publicación en español de sus más recientes libros *La pluma y la espada* (Siglo XXI, 2001), *Fuera de lugar* y *Crónicas palestinas*, de pronta aparición bajo el sello Grijalbo. Said es profesor de Literatura en Columbia University y colaborador periódico de los diarios *The Guardian*, *Le Monde Diplomatique* y *Al-Hayat*

Pablo Ingberg

Pablo Snopik

La nación

Foto NASSER SHIYOUKHI. AP

Jóvenes palestinos protestan contra las medidas israelíes en Hebron, el 6 de julio de este año

Amos Oz (Jerusalén, 1939).

Foto Archivo

Foto CHRIS STEELE-PERKINS. MAGNUM

Fotografía de un joven libanés, nacido en Beirut (1982)

Foto SVEN NACKSTRAND. AFP

Más de 100 mil manifestantes advirtieron el 16 de julio del año pasado al entonces primer ministro israelí, Ehud Barak, que no aceptarían concesiones territoriales con los palestinos

Edward W. Said (Jerusalén, 1936).

Foto RICHARD B. LEVINE.

Photographer Showcase

Dos familias, dos naciones

“No falta mucho para que Amos Oz gane el Premio Nobel”, concluía en el *Times Literary Supplement* la reseña de una de las últimas novelas de este escritor nacido en Jerusalén en 1939.

La veintena de libros (novelas, cuentos, ensayos literarios y políticos) que escribió ha sido traducida a más de 30 idiomas. Tres de sus últimas novelas, *Una pantera en el sótano*, *No digas noche* y *Un descanso verdadero*, han sido publicadas por Siruela. Sus artículos de opinión sobre el conflicto palestino-israelí se recogen desde hace años en los principales diarios de Europa y de Estados Unidos y en *La Nación*. Entre otras distinciones, recibió el *Friedenspreis*, Premio Internacional de la Paz, otorgado en Alemania (1992), la Cruz de la Legión de Honor de Francia (1997) y, para el cincuentenario del Estado de Israel, en 1998, el Premio Israel de Literatura. Pero aunque desde hace años es una voz reconocida y reconocible, no sólo en su país sino también en el extranjero, y podría haberse radicado en cualquier ciudad importante de Europa o de los Estados Unidos, él prefirió vivir en el kibbutz Hulda entre 1953 y 1986, y desde entonces en Arad, pequeña ciudad de 20 mil habitantes fundada en los años sesenta. Además, enseña literatura hebrea en la Universidad

Ben Gurión del Néguev, con sede en la cercana ciudad de Beer Sheva. Mientras fue miembro del kibbutz, Oz pasó algunos periodos fuera de él. Hizo el servicio militar, que terminó en 1961, y combatió como reservista en las guerras de los Seis Días (1967) y de Yom Kippur (1973). Durante ese periodo, estudió Filosofía y Literatura en la Universidad Hebrea de Jerusalén y más tarde pasó sendos años como invitado en universidades de Oxford (1969-70) y Colorado (1984-85). Comenzó a escribir mientras ocupaba sus días trabajando en el campo y enseñando en la escuela del kibbutz. La buena recepción de sus primeros cuentos (reunidos en *Donde aúllan los chacales*, 1965) hizo que lo enviaran a estudiar en Jerusalén y que le concedieran más tiempo para la escritura, hechos que él vivía con cierta culpa, aunque sus derechos de autor, como toda ganancia externa de un miembro de un kibbutz, fueran a parar a las arcas comunes.

En la lengua del padre

En 1986 el asma de su hijo obligó a Amos Oz a irse en pos de un clima seco y ozonificado. Su casa está desde ese año en un barrio residencial al oeste de Arad, ciudad cuyo nombre en hebreo significa "bronce", el color dominante en el desierto rocoso que la rodea y que, parecido a un paisaje lunar, desciende a lo largo de varios kilómetros hasta el verde esmeralda del Mar Muerto. Ese panorama es el que ve cada mañana el escritor desde la ventana de su sala de estar, antes de salir a caminar por el desierto. Después se sienta a trabajar en su estudio, un subsuelo repleto de libros. El televisor y el indispensable aire acondicionado de la casa no son de modelos recientes, signo del poco interés consumista de sus habitantes, en un medio donde es usual lo contrario. – Hace muchos años usted dijo que el hebreo moderno era como el inglés isabelino: una lengua en formación, un paraíso para los poetas pero un terreno difícil para los narradores. ¿Ha cambiado la situación desde entonces? –La creación de una lengua no es algo que cambie sustancialmente en unas pocas décadas. Como novelista, para mí es un enorme desafío y también un enorme placer escribir en hebreo moderno, porque es una lengua volcánica, musical, llena de posibilidades y también de vibraciones y ecos antiguos. Pero todavía pienso que escribir ficción en hebreo moderno es a veces como tocar una pieza de música de cámara en una inmensa catedral: hay que tener mucho cuidado con la acústica, porque con una sola palabra equivocada uno puede invocar toda una cascada de ecos, vibraciones y temblores. A veces uno quiere hacer justamente eso y entonces el hebreo moderno es un instrumento musical ideal. –¿En qué idioma hablaban sus padres? –Ellos eran sobrevivientes de Europa oriental. Se conocieron a través del servicio de encuentros y se casaron en Jerusalén. Los dos eran políglotas. Hablaban entre ellos en ruso y polaco para que yo no entendiera. Leían en alemán, francés e inglés. Seguramente soñaban en idish. Pero a mí sólo me hablaban en hebreo. No querían que yo supiera ninguna lengua europea, quizá porque temían que, si las aprendía, podía sentirme atraído por otras tierras, irme a Europa y encontrar la muerte como les sucedió a muchos judíos en los años 40. –¿Por qué al mudarse al kibbutz decidió cambiarse el apellido paterno, Klausner? –A los 14 años me rebelé contra el mundo de mi padre. Ya estaba harto de esa atmósfera erudita, de los valores burgueses de la clase media y de la política de derecha. Así que decidí convertirme en todo lo que mi padre no era. El era de derecha, yo decidí ser socialista. El era un erudito, yo decidí manejar un tractor. El era un intelectual, yo decidí ser un granjero socialista. Y entre otras cosas, también decidí adoptar un nuevo apellido hebreo, Oz, que significa "coraje, determinación, fuerza", cosas que yo necesitaba profundamente cuando dejé mi casa y me fui a vivir solo en un kibbutz.

Guerra y paz

–Sus ficciones, aunque no traten directamente de temas políticos, dan la impresión de que el autor que está detrás tiene fuertes e inteligentes convicciones políticas, presentes de algún modo en la forma en que se mueven los hilos de la narración y de los personajes. ¿Es algo deliberado o le surge natural, incluso irremediablemente? –Nunca pretendí que mis novelas se convirtieran en manifiestos políticos. Jamás escribí una novela o un cuento para cambiarle a la gente sus ideas o sus puntos de vista políticos. Por supuesto que escribo acerca de personajes que tienen sus puntos de vista, pero son personajes diferentes con diferentes valores y apreciaciones. Mis puntos de vista políticos se encontrarán más en mis ensayos y artículos que en mis novelas, excepto en un sentido

muy amplio: las evoluciones pragmáticas que van moderando y modelando el carácter de Srulik, el nuevo secretario del kibbutz en *Un descanso verdadero*, por ejemplo, se aproximan bastante a mi corazón, política e ideológicamente. En algunos círculos conservadores israelíes, tengo reputación de ser un radical entusiasta. Pero en realidad yo nunca me consideré un radical, pienso que soy un evolucionista, y alguien que cree que contemporizar es vida y que la mayoría de los conflictos tiene que resolverse mediante algún tipo de desdichada contemporización chejoviana. –El niño protagonista de *Una pantera en el sótano* es acusado por sus amigos de traidor por relacionarse con un oficial inglés durante el mandato británico en Palestina. ¿Fue esa, de cierto modo, una excusa para reflexionar sobre qué se entiende por traidor? –Creo que todos los grandes intelectuales del último siglo que hicieron pronunciamientos fuertes han sido tildados de traidores por algunos de sus compatriotas. Así que el título de traidor es tal vez más honroso que deshonroso. Yo lo definiría así: un traidor es aquel que cambia en medio de los que no cambian y odian el cambio y ni siquiera pueden imaginar un cambio. –Usted era un referente del movimiento Paz Ahora en sus comienzos, pero luego señaló sus diferencias. –Yo no represento al movimiento pacifista israelí. Represento mi propia opinión. Nunca he sido pro-palestino, ni tampoco anti-palestino. Soy pro-paz. –¿Qué actos israelíes le habría gustado que fueran diferentes? –Creo que el principal error israelí en este conflicto fueron los asentamientos en los territorios ocupados. Yo los rechacé y los objeté desde el principio, en 1967, y todavía pienso que es el error más trágico que cometió Israel a lo largo de este conflicto. No menciono los trágicos errores palestinos porque no es ésa la pregunta, pero ellos también han cometido algunos errores terribles. –¿Qué es justo y qué es injusto en este conflicto? –He escrito algunos libros acerca de eso. Lo más sintético que puedo decir es que el conflicto entre israelíes y palestinos es un choque entre lo justo y lo justo, no entre lo justo y lo injusto. Eso significa que es una tragedia y no una película de cowboys. Por supuesto que, en el trágico choque entre lo justo y lo justo, yo creo en el derecho israelí a defendernos y a pelear por nuestra vida y nuestra libertad. Toda batalla, toda guerra peleada por cualquier cosa que vaya más allá del derecho a la vida y a la libertad es injusta. A los palestinos que luchan por la liberación de Palestina, yo los respeto y puedo contemporizar con ellos. Con los palestinos que luchan por exterminar a Israel no puedo dialogar, de ellos voy a defenderme. Entonces la línea divisoria pasa entre los que luchan por la autodeterminación de Palestina en una parte del territorio y los islámicos fanáticos que reclaman la totalidad del territorio. Lo mismo se aplica, por supuesto, a judíos moderados y judíos fanáticos. –El protagonista masculino de *No digas noche* comenta, cuando un ministro menciona “la tan esperada paz”, que allí la palabra “esperada” es errónea: “O paz o esperanza. Hay que elegir”. ¿Podría ampliar esa observación? ¿Qué “esperanza de paz” entre israelíes y palestinos cree que puede haber hoy? –No quiero ser confundido con Teo, el personaje de *No digas noche*. Lo respeto mucho, pero él es él y yo soy yo, y no tenemos necesariamente las mismas actitudes políticas o emocionales. Yo creo que, aun en estos días tan difíciles, la mayoría de la gente tanto en Israel como en Palestina, sabe que el país va a ser dividido en dos estados. Si se pregunta a israelíes y palestinos, en una encuesta pública o en un referéndum, no cuál es la solución correcta para el conflicto israelí-palestino, sino qué piensan que va a suceder realmente, supongo que el 80% de los judíos y de los árabes dirán, sin ninguna alegría, que al final habrá una partición. Estoy convencido de que esa solución está delante en el camino, inevitablemente. Hay cinco millones y medio de judíos en este país y no van a irse a ningún otro lado. Hay unos cuatro millones de árabes palestinos que tampoco van a hacerlo. Arabes y judíos no podemos vivir juntos como una familia feliz, porque no somos una sola familia sino dos, y no estamos felices juntos. Así que necesitamos trazar una línea y dividir el país en dos países. No va a ser fácil, va a doler como el infierno, pero será la solución. Por favor, no me pregunte cuánto tiempo va a llevar o qué va a pasar antes, porque es difícil ser profeta en esta tierra de profetas, hay demasiada competencia en el negocio de la profecía. Sólo puedo decir que tarde o temprano ésa será la solución, les guste o no al señor Sharon y al señor Arafat. A los dos parece no gustarles, pero ellos pasarán y las dos naciones se habrán constituido.

Un humanista contra la violencia

Santiago Kovadloff
la nacion

Si se quiere ubicar a Edward Said, habrá que buscarlo en el centro del conflicto palestino-israelí. Allí se le encontrará, equidistante de todos los extremos y, por eso mismo, combatido por los abanderados unánimes de la violencia. La expresión del pensamiento de Said es tan clara como coherente. Por sus críticas rigurosas a Arafat, a quien considera superado por las circunstancias, y la denuncia de lo que hubo de inconsistente y aun de irresponsable en los acuerdos alcanzados fugazmente con Israel, sus libros fueron prohibidos en suelo palestino. No menos virulenta y denigratoria es la campaña que contra él emprenden los sectores intransigentes de la opinión pública israelí y pro israelí. Pero si su palabra hace de él un intelectual indigerible para los intolerantes de toda laya, ella es también la que lo ha convertido en la figura más honda, rica y emblemática de los ideales democráticos palestinos. Porque hay que decir que Edward Said (Jerusalén, 1936), es palestino de origen y estadounidense por adopción. Hijo de numerosos entrecruzamientos culturales, Said se vio expuesto al privilegio y al tormento del aprendizaje de tres lenguas simultáneas. "Solamente ahora, que tengo más de 70 años, he superado mi alienación con respecto al árabe causada por mi educación y por el exilio, y puedo emplearlo con placer. Cuando yo tenía 14 años el árabe estaba prohibido y era de 'moros'. El francés era siempre de 'ellos' y no mío. El inglés estaba autorizado, pero era inaceptable por ser el idioma de los odiosos británicos".

Un escritor lejos de casa

Habitante transitorio de varias ciudades, Said reside desde hace más de 35 años en Nueva York, donde se desempeña como profesor de Literatura, en Columbia University. Allí ha elaborado íntegramente su obra. Tersa y vivaz como es, su prosa ha jugado un papel decisivo en la proyección lograda por sus ideas. No puede sorprender que este extranjero por antonomasia haya hecho suya la confesión de Adorno: "En su texto el escritor erige su casa. Para un hombre que no tiene patria, el escribir deviene un sitio donde vivir". En efecto, Nueva York, que tanto le ha dado, no termina de inspirar en él un sentimiento definitivo de arraigo. "Todavía hoy me impresiona la dureza de mi venida a Estados Unidos en 1951. Todavía hoy siento que estoy lejos de casa, por absurdo que parezca". ¿Y por qué –podría preguntarse– Said no regresa a Palestina? Por dos razones. Una es política y la abordaré más adelante. La otra es biográfica y Said la enuncia así: "Todavía me cuesta asumir el hecho de que los barrios de la ciudad donde nací, viví y sentí como mi hogar fueran invadidos por inmigrantes polacos, alemanes y estadounidenses que conquistaron la ciudad y la convirtieron en símbolo por antonomasia de su soberanía, sin lugar para la comunidad palestina, que quedó confinada en la parte oriental de la ciudad, que yo apenas conocía. Hoy día, Jerusalén Occidental se ha vuelto completamente judía y sus antiguos habitantes fueron expulsados para siempre a mediados de 1948". Quienes se niegan a oírlo o rechazan de plano sus referencias a realidades tan dolorosas como conflictivas lo acusan de sostener una posición anti-israelí, identificada con los planteos extremistas que aspiran a borrar del mapa el Estado judío. Edward Said no deja lugar a dudas sobre su posición: "Nada más lejos de la verdad que mi supuesta apología del terrorismo. Debemos reconocer que Israel es una sociedad dinámica, que contiene numerosas corrientes y que no todas ellas se enmarcan en el Likud, el Partido Laborista o la religión. Debemos tratar con todos aquellos (israelíes) que reconocen nuestros derechos. Debemos reemplazar todas nuestras ideas pasadas de moda acerca de cómo limpiar Palestina de nuestros enemigos. La limpieza étnica es la limpieza étnica, la practiquen los serbios, los sionistas o Hamas".

Discursos del Oriente

En el transcurso de este año, tres nuevos libros de Said han venido a sumarse a la bibliografía que de él se disponía en español: La pluma y la espada (una extensa conversación con David Barsamian), Fuera de lugar (sus memorias) y Crónicas palestinas (ensayos escritos entre 1995 y 2000). Recorrer estos libros en forma alternada y complementaria, lejos de inducir a la confusión, me permitió fortalecer la impresión de unidad argumental y precisión conceptual que brindan sus

planteos. Hay que decirlo sin rodeos: Said es una figura excepcional. Legítimo integrante de esa estirpe escasa en todas las épocas que, en el siglo XX, produjo creadores como Isaiah Berlin, Albert Camus, A. B. Yoshúa y Günter Grass. Su personalidad, intransigente con todos los intentos de clausura de la discusión y la crítica e incondicionalmente dispuesta “a la discusión abierta y el diálogo genuino”, evoca a los grandes humanistas árabes del pasado, en los que Víctor Massuh ha sabido ver a los renacentistas avant la lettre con que contó España en el siglo XIII. Averroes, por cierto, encuentra en él a un descendiente cabal. Más provechoso que definir en un trazo exclusivo lo que caracteriza a Edward W. Said como intelectual es ir hilvanando en un conjunto de matices sus rasgos distintivos, pues es esa policromía la que le confiere, en grado tan elevado, valor y singularidad. Traducido a más de 30 idiomas, su significación crece día a día en todos los ambientes no contaminados por el prejuicio o la hipocresía política. Y crece, hay que reconocerlo, tanto como la evidencia de su dramática soledad, pues su voz, inconfundiblemente democrática, sigue siendo, por el momento, más que minoritaria entre los suyos. “Palestina –escribe Said– me acarreó mucho oprobio, incluso en el mundo árabe. Cuando Anwar Sadat y Yasser Arafat me nombraron representante palestino en las conversaciones de paz (sin que llegaran a consultarme nunca) me convertí en el blanco de la hostilidad nacionalista de extrema izquierda porque, a su juicio, era demasiado liberal respecto de la cuestión de Palestina y la idea de una coexistencia entre los judíos israelíes y los árabes palestinos”.

Semejante aislamiento y esa férrea incompreensión, lejos de desalentarlo, afianzaron en él la decisión de luchar por el arraigo de sus principios en la opinión pública, especialmente a medida que el conflicto palestino-israelí daba pruebas de estancarse en la ferocidad. “Me he mantenido firme en mi convicción de que no hay ninguna alternativa militar para uno u otro bando; lo único viable sería un proceso de reconciliación pacífica y justicia. También he criticado mucho el uso de consignas trilladas, como ‘lucha armada’ y la temeridad ‘revolucionaria’ que segó vidas inocentes y nada hizo por promover la causa palestina”.

Acosado por una grave enfermedad, Said trata constantemente de extremar el provecho de sus horas de trabajo. El descanso es para él un obstáculo y una fuente de angustia. “Dormir es algo que necesito llevar a cabo en el menor tiempo posible. Para mí el sueño representa la muerte, igual que cualquier otra disminución de la conciencia. El insomnio me parece una bendición que deseo a toda costa”.

Acaso el mejor fruto de esa equivalencia entre insomnio y lucidez, entre vigilia y fecundidad, fue su libro de memorias Fuera de lugar (Outsider), escrito durante los años inciertos y lentos en que debió encarar el drástico tratamiento contra la leucemia que se le diagnosticó en 1991. Es allí donde puede leerse el relato de los traumáticos desplazamientos a los que él y su familia se vieron sometidos hasta la definitiva radicación en Estados Unidos, cuando era todavía un adolescente. El núcleo de ese relato se relaciona con el hecho que le permitió recomponer su nacionalidad, a partir de un compromiso emocional, intelectual y político con la causa palestina. “Después de 1967 no volví a ser la misma persona. El efecto traumático que me produjo aquella guerra (la de los Seis Días) me devolvió a mi punto de partida: la lucha por Palestina”.

El círculo vicioso

Said no deja lugar a dudas sobre el derecho de Israel a preservarse y ser respetado como Estado soberano por el mundo árabe en general y por sus vecinos palestinos en particular. Con ello admite, implícitamente, el derecho judío a refundar su hogar en la tierra de sus antepasados. Explícitamente, sin embargo, enfatiza la crueldad y la arbitrariedad con que se procedió en relación con los palestinos residentes en la zona. Sus palabras, a este respecto, no conocen las medias tintas: “Mientras se niegue o se evite la realidad fundamental –que Israel existe como Estado judío gracias a haber sustituido los derechos de todos los palestinos por un derecho judío ‘superior’– no puede haber reconciliación ni auténtica coexistencia. Si los últimos 30 años nos han brindado

alguna lección, es que el ansia de paz y satisfacción entre los palestinos no se puede abolir ni suprimir con prescindencia de lo poderoso que sea Israel militar y políticamente. Lo que se necesita ahora es un cambio de conciencia: los israelíes deben darse cuenta de que su futuro depende de cómo aborden y encaren valerosamente su historia colectiva de responsabilidad por la tragedia palestina. Y los palestinos, así como los demás árabes, deben descubrir que la lucha por los derechos palestinos es inseparable de la necesidad de crear una auténtica sociedad civil y democrática, de invertir masivamente en una educación innovadora y de explorar modos de comunidad secular que no ofrecen los 'retornos' al judaísmo, al cristianismo o al islam característicos del fundamentalismo religioso contemporáneo".

Said considera imposible que el pueblo palestino recupere íntegramente lo perdido a partir de 1948. Adhiere, por eso, a las soluciones intermedias, "siempre y cuando preserven la unidad palestina". El autor denuncia con severidad los asentamientos israelíes en los territorios ocupados. A la vez, no ahorra críticas a la conducta seguida por el gobierno liderado "por Arafat y su banda", a los que considera "burocratizados y corruptos" y completamente descalificados por su ineptitud negociadora ante los conflictos que vive el Medio Oriente. "Ni los palestinos ni los israelíes –afirma– tienen otra alternativa que compartir un país reivindicado por ambos".

A fines de 1993, Said cuestionó con firmeza el alcance del Tratado de Oslo. No se oponía a la paz sino a la fragilidad irremediable que ese acuerdo le infundía a un objetivo tan fundamental. Vio en él fallas que el tiempo no tardó en reflejar. "Ahora, cuando todo está varado, a menudo me preguntan qué siento al verificar que los hechos me han dado la razón. Respondo que estoy más sorprendido que nadie porque la profecía no integra mi arsenal". Y es cierto. Si ese arsenal existe, está formado exclusivamente por palabras de un escritor que ha encontrado en ellas su único sustento. Su independencia de criterio es prueba de su valentía y ésta lo es de la consistencia esencialmente solidaria de sus principios éticos y filosóficos. Su intransigencia, en este orden, está lejos de ser inflexibilidad. Said es un desvelado por el ideal de "la paz con justicia". Desprecia a los extremistas de toda índole tanto como éstos a él. En incontables ocasiones ha lamentado la estrechez de miras en que naufraga la mayoría de los intelectuales árabes y la devastadora siembra que entre los más lúcidos ha realizado el miedo a la represión por parte de un poder autoritario e implacable. Coincidiendo en puntos decisivos con los planteos de Said, el conocido escritor David Grossman, que representa una significativa corriente de opinión democrática israelí, manifestó en estos días: "Desde hace más de 10 meses, ambas partes están entrampadas en una espiral de violencia de la que no saben cómo salir. Según la loca lógica de este conflicto, se puede explicar cada acto terrorista como reacción al acto terrorista que lo ha precedido". Como si se hiciera eco de los reclamos de Said, Grossman añade: "El auténtico objetivo (no puede ser otro que el de) poner fin a este círculo vicioso. La autoridad Palestina está dividida y acabada. Los palestinos pasan hambre y están desesperados. En secreto critican la manera en que Arafat lleva las cosas. Ya han dejado de hacerse ilusiones de que el mundo –y sobre todo Estados Unidos– acudirá en su ayuda. Los israelíes están igualmente desesperados. No llegan a entender la realidad en la que han vivido estos últimos 10 meses. ¿Existe una tercera vía? Claro que sí: la de la separación de los dos pueblos y su englobamiento en dos estados soberanos". El panorama que ofrece la sociedad palestina, a los ojos de Edward W. Said, este lúcido observador enamorado de su pueblo, no tolera más dilaciones que se puedan justificar: "Somos (hoy) más numerosos pero estamos amenazados por el analfabetismo y la pobreza generalizados; somos menos libres; tenemos menos logros en ciencia, cultura, agricultura e industria. Tenemos pocos recursos auténticos como pueblo a menos que restablezcamos nuestro lugar en el mundo como cultura, como civilización y como causa moral y política". La credibilidad sin fronteras alcanzada por la obra de Edward W. Said prueba que ese ideal tiene sustento. Falta ahora el paso decisivo. El que va de las ideas propuestas por un hombre a los emprendimientos realizados por un pueblo. "La mejor garantía de seguridad para Israel – termina diciéndonos Said– pasa por la creación de un estado palestino. Debemos, por eso, seguir articulando nuestro mensaje de paz con justicia".

Los desgarros de una aldea global

Una conversación con Heinz Dieterich Steffan y Federico Mayor Zaragoza devela un panorama desalentador. El primero, pensador alemán y profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ha dedicado gran parte de sus investigaciones a los conflictos de América Latina y al estudio de la sociedad global. El segundo, intelectual español y ex director general de la Unesco, enfatiza la necesidad de recuperar la memoria y apoyar la fuerza operativa de las instituciones para evitar futuras provocaciones de violencia. En conjunto, discuten la coyuntura general que dio pie a los ataques terroristas contra Estados Unidos

Pablo Gámez
exclusivo para El Nacional
artgos int.

Foto KATHY WILLENS. AP

Reacción de una transeúnte de Brooklyn ante la tercera explosión en el World Trade Center

Heinz Dieterich Steffan

Foto NELSON CASTRO

Federico Mayor Zaragoza

Pese a que los diferentes gobiernos de Estados Unidos, de Reagan en adelante, han hecho del flagelo terrorista su caballo de batalla político más recurrente, nunca han querido asumir que este grave problema no tendrá fin mientras se practiquen genocidios, terrorismo de Estado y no se instrumenten verdaderas políticas internacionales de cooperación y paz, que resuelvan los dramáticos problemas derivados de la pobreza y el hambre.

En América Latina sabemos cómo los gobiernos de Estados Unidos han fomentado e instrumentalizado grupos e instituciones estatales, como las fuerzas armadas y otros organismos represivos, para que llevaran adelante prácticas criminales, habiendo tantas veces denunciado que semejantes políticas a la larga siempre escapan al control de quienes las diseñan y alientan, transformándose a la postre en un fenómeno autónomo, de imprevisibles y graves consecuencias incluso para los estadounidenses. A estos grupos terroristas, "fanatizados" por razones religiosas o de otro tipo que circulan por el mundo dispuestos a inmolarse sin importarles las víctimas ni las reacciones políticas y económicas que crean (dicho sea de paso, muchos de ellos en su momento utilizados por Estados Unidos en sus guerras santas "contra el comunismo"), se úne el hecho de la existencia en el propio país de cientos de grupos extremistas organizados y armados, que tienen en la violencia derechista y racista su motor esencial, y que hacen a la sociedad norteamericana una de las más vulnerables a este tipo de peligro.

Mal camino adoptarán las fuerzas que se consideran custodias de la democracia si con el pretexto de que ésta debe ser defendida, adoptan medidas que conducirán inevitablemente a liquidar los valores democráticos. Hay fuerzas de derecha –en los distintos países con este sistema– que temen perder sus privilegios y que dejan de ser demócratas cuando sienten que éstos pueden ser aminorados.

Otra de las manipulaciones indeseables sería la de presentar esta agresión terrorista a Estados Unidos, como determinante de la crisis económica del mundo. Sin duda que ese ataque va a tener serias repercusiones sobre la economía mundial, pero la crisis ya estaba gestada en el propio corazón de la mayor potencia económica, cuando ocurrieron estos hechos. Así piensan Heinz Dieterich, intelectual alemán, sociólogo y autor de una treintena de libros sobre la crisis de Occidente, los efectos de la globalización y los desafíos de América Latina; y Federico Mayor Zaragoza, intelectual español y ex director general de la Unesco. –Federico Mayor Zaragoza (FMZ): Lo que ha sucedido no tiene justificación alguna. El número de víctimas es de miles. Estamos ante uno de los acontecimientos de crisis más relevantes de los últimos 50 años. Pero una sola vida, tendría que ser igualmente condenada y atraer la atención del mundo. El problema es que estamos tan ofuscados, tan inmersos en este vendaval de noticias que no logramos percibir los desgarros que tiene esta aldea global. Más que un hecho, es una realidad que existen diferencias abismales entre el barrio próspero del planeta y el barrio que habitan los marginados y excluidos. Por ello creo que hay que aprovechar estos momentos de consternación, de indignación, de espanto, hay que aprovecharlos para llamar la atención y decir que, a partir de ahora, debemos seguir otros caminos, que tengamos en cuenta el mundo en su conjunto, que vivamos con aquellas víctimas de la exclusión, con esos millones de personas que son cada día víctimas del genocidio silenciado del hambre y de lo infrahumano. Sin duda debemos condenar los atentados terroristas que hemos contemplado, pero debemos aprovecharlos para hacer ver que estamos siguiendo rumbos equivocados e inapropiados.

–Lo que usted llama “el mal camino”...

–FMZ: Correcto. No podemos dejar que el mundo siga dominado por el mercado. Recuerde que ha habido una entrega de responsabilidades por parte de nuestros Estados, y eso es inadmisibile.

–Heinz Dieterich (HD): Coincido con la apreciación de Zaragoza. Pienso que a corto plazo cambiarán los términos de la discusión pública mundial, pero que a mediano plazo las causas de las cosas seguirán el rumbo hacia una gran crisis económica que conlleva a una gran crisis política. A corto plazo tendremos un impacto muy fuerte de los atentados; a largo plazo no habrá un cambio de evolución de la sociedad mundial. Nos dirigimos hacia lo que considero una crisis inevitable. No es casual tampoco que Nueva York y Washington hayan sido escogidas como objetivos terroristas. Las Torres Gemelas y el Pentágono, son símbolos representativos de la exclusión de la gran mayoría de la población mundial, a la cual se le golpea la cabeza cuando trata de levantarse. Ante la indignación, estas poblaciones empiezan a organizarse en distintas formas de resistencia. No olvide tampoco que hay una coincidencia simbólica muy importante. Los atentados se producen el 11 de septiembre. En 1973, precisamente en esa fecha, Estados Unidos dio el golpe militar contra el gobierno de Salvador Allende en Chile, bajo la coordinación del presidente Nixon y de Kissinger. El terrorismo de Estado de los norteamericanos ha vuelto, por primera vez, de manera fulminante contra ellos mismos.

–¿El boomerang de la política imperial? –HD: Efectivamente. Son costos que debe pagar Estados Unidos. No es posible explotar ni reprimir a todo el mundo sin que algún día alguien, en su desesperación, decida golpear el corazón del sistema imperialista. Desde hace mucho tiempo esperaba algo como lo que hemos presenciado.

–¿Cree que después de estos atentados terroristas, Europa y Estados Unidos hagan un examen interno y se pregunten “por qué nos está sucediendo esto”? –FMZ: Pienso que sí. Porque ha sido un atentado que se sale tanto de lo que podríamos llamar los mecanismos de confrontación habituales. Como lo señala Dieterich, se ha atentado contra el propio corazón de Estados Unidos, contra su símbolo económico y financiero, contra su símbolo de estrategia militar y de defensa, contra su símbolo parlamentario. Insisto: debemos condenar estas acciones, pero también espero que se piense como al final de la Segunda Guerra Mundial. Quizá se piense ahora que es tiempo de

hablar sobre los pueblos, y no sobre los Estados o sobre Europa o sobre unos países que forman parte de este grupo de privilegiados.

–La reducida comunidad del Olimpo...

–FMZ: Exacto. Es hora de pensar en el mundo en su conjunto. Pensar en la familia humana y advertir que aquellas tragedias del siglo XX no pueden volver a suceder. Claro que siempre habrá un loco o un terrorista. Pero lo que quiero decirle es que debemos pensar en los hambrientos, en los millones de personas que viven en condiciones intolerables que han sido excluidos y marginados del sistema. Seguro estoy de que estamos a las puertas de esta reflexión. Habrá un cambio también en la capacidad de observación de la situación real del planeta. Es inevitable que Europa, Estados Unidos, Rusia y Japón tengan que reflexionar y dar un cambio de dirección. El G-8 no puede seguir liderando el mundo. Quizá ahora se den cuenta de que hay que volver a la misma lucidez que hubo en San Francisco en 1945. Se debe restablecer el marco ético-jurídico –tan debilitado– de las Naciones Unidas. Hay que darle un nuevo impulso y autoridad a escala internacional, debemos ser parte de una gran familia humana, sin excluidos.

–Desde su punto de vista, ¿qué cree que vaya a pasar? ¿Desatará Estados Unidos una guerra en alguna parte del planeta para vengar las víctimas, para descargar su rabia, para olvidar su vulnerabilidad? ¿Qué otro escenario vislumbra? –HD: La clase política norteamericana es extremadamente hábil en aprovechar propagandísticamente coyunturas de este tipo. Es indudable que con el apoyo de Europa y Rusia los norteamericanos se han reforzado mundialmente. George W. Bush figura ahora como el principal farol de libertad, como baluarte del mundo democrático. El Primer Mundo ha aprovechado esto para presentar el problema como un conflicto entre la barbarie y la civilización que ellos representan. Obviamente que esto también reforzará la carrera armamentista que Bush ha impulsado al cancelar el Tratado de Proliferación de Armas Nucleares, al no ratificar el convenio contra armas biológicas de guerra, al salirse del acuerdo de Kyoto. Es el motivo perfecto para que los norteamericanos recuerden ahora al mundo que ellos ya lo habían advertido: necesitamos un paraguas estratégico antinuclear, dado a conocer durante la era Reagan como Guerra de las Galaxias. Seremos testigos, y de esto no tenga duda, del aceleramiento del complejo militar, industrial y político que utiliza como dinamó la economía estadounidense.

–Sin embargo, han utilizado aviones como misiles. El mensaje no puede ser más claro: de nada vale un escudo antimisiles.

–HD: Es un punto muy importante. Hay una diferencia fundamental con estos ataques. Para lo que vimos en Nueva York se necesita una organización de por lo menos 100 personas, con mucho dinero y capacidad logística. El secuestro de un avión para luego utilizarlo como un misil es algo muy distinto a un paraguas antinuclear. Sin embargo, el Pentágono y Bush tratarán de aprovechar y confundir para conseguir los millardos de dólares que necesitan para su proyecto.

–¿Qué hacer para volver a esa razón, a ese diálogo, a esa negociación como ejes, precisamente, de la cultura de paz que usted ha representado durante tanto tiempo? –FMZ: Hay dos pilares. Uno de ellos es la memoria. Tenemos que recordar acontecimientos recientes de la historia, en donde la ley del más fuerte ha reemplazado los caminos del diálogo y de la concertación. Sabemos que la violencia genera violencia. Una sola persona, un solo terrorista, puede provocar enormes desgracias. Segundo pilar: volver a dar a instituciones, como Naciones Unidas, la fuerza operativa que evite provocaciones de violencia, que evite imposiciones de unos países sobre otros y que evite estas situaciones silenciosas –y silenciadas muchas veces– en las que millones de personas viven bajo los estragos del hambre y la miseria. Pienso que es un momento terrible para la humanidad, pero al mismo tiempo es un momento en el que desde la serenidad pueden nacer formas que tengan en cuenta a todos los pueblos, como sucedió en San Francisco en 1945.

–Precisamente los períodos más oscuros arrojan alumbramientos.

–HD: Será así, pero aún estamos muy lejos de ver cambios y nuevas luces.

“El problema es que estamos tan ofuscados, tan inmersos en este vendaval de noticias, que no logramos percibir los desgarros de esta aldea global”

El nuevo terrorismo: letal y espectacular
Sanjuana Martínez

Madrid.- El llamado mundo occidental tardó más de 20 años en comprender la dimensión real del problema del terrorismo internacional de carácter fundamentalista islámico, el cual cuenta con suficientes individuos capaces de afectar regiones enteras del planeta o incluso poner en duda el orden mundial en su conjunto, dice Fernando Reinares, editor de la revista académica internacional *Studies in Conflict and Terrorism* y autor de numerosos libros sobre terrorismo internacional. Y explica que con los atentados de Nueva York y Washington surgió un "nuevo terrorismo": "Entre los años setenta y ochenta, la opinión pública mundial se había mostrado cada vez menos sensible a la actividad terrorista. Por ello, quienes han optado por practicar el terrorismo internacional durante la última década, lo han hecho tratando de suscitar la mayor atención pública para generar cuotas elevadas de alarma social y conmoción".

Reinares ha escrito los libros *European democracies against terrorism. Governmental policies and intergovernmental cooperation*, *Terrorismo y antiterrorismo* y *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*.

En entrevista, indica que ese nuevo terrorismo busca llevar a cabo atentados "que resulten muy espectaculares, altamente indiscriminados y extraordinariamente letales. Lo ocurrido en Estados Unidos culmina con creces esta tendencia. El incremento de la letalidad se debe a un segundo factor: el creciente influjo en quienes practican el terrorismo internacional de idearios carentes de restricciones morales para el homicidio masivo. Me refiero a creencias que son inherentes a los fundamentalismos de carácter religioso, en particular el fundamentalismo islámico".

Y advierte que también en el ámbito cristiano y hebraico hay subculturas que justifican el terrorismo político, como ocurre con los cristianos fundamentalistas de Estados Unidos o con los cultos asiáticos o el fundamentalismo judío.

Añade: "El terrorismo internacional, a diferencia del que hemos conocido en el pasado, durante las dos últimas décadas se ha ido configurando como un fenómeno más amorfo, con estructuras menos cohesionadas, con un contingente de activistas mucho más difuso de lo que conocíamos en organizaciones terroristas tradicionales".

Ese tipo de mutaciones y alteraciones en la organización ha permitido que existan nuevas oportunidades y mayor facilidad para el patrocinio del terrorismo internacional por gobiernos y organizaciones o individuos no gubernamentales.

"Hoy existen suficientes individuos adheridos al fundamentalismo islámico dispuestos a llevar a cabo e implicarse en actividades terroristas, tanto en los países árabes de origen como entre comunidades de inmigrantes establecidas en las sociedades occidentales."

Señala que además de esas personas que forman las "células terroristas", hay combatientes de varias nacionalidades procedentes de las guerras recientes, desde Afganistán a Yugoslavia, dispuestos a convertirse en agentes de conspiraciones internacionales.

"Unos y otros pueden ser utilizados para actividades propias del terrorismo internacional, ocultando la implicación de los promotores, para evitar represalias militares o sanciones económicas."

Lo anterior explica que nadie haya reivindicado los recientes atentados en Estados Unidos. "Eso forma parte de la nueva tendencia observada durante los años noventa; de hecho, todavía nadie ha reivindicado de manera creíble el atentado contra el centro cultural judío de Buenos Aires. No los reivindican para tratar de eludir represalias militares o sanciones económicas contra sus promotores o los eventuales gobiernos implicados, pero, al mismo tiempo, quienes ejecutan ese tipo de acciones son conscientes de que los que van a aplaudirlas no necesitan de comunicados adicionales.

El no reivindicar facilita la potencial y mayor letalidad del terrorismo".

Enumera las tres diferencias del nuevo terrorismo con el de los años setenta y ochenta: "Éste tiene una creciente letalidad, mucha mayor implicación del fundamentalismo islámico, cambios en las pautas organizativas con estructuras mucho más amorfas y un contingente de activistas más difuso".

Explica que esta red del terrorismo internacional tiene la novedad de que ahora aglutina a una serie de gobiernos y grupos que forman un colectivo heterogéneo, con intereses o geoestrategias a menudo contrapuestas, pero que comparten cosas, como la concepción fundamentalista del credo islámico.

"Comparten una extraordinaria sensibilidad hacia los abatares de la situación palestina y tienen en común un odio e irritación hacia Estados Unidos y la forma como ha llevado a cabo su política en Medio Oriente. Existe una trama en la que están Irán, Siria, Irak, Libia, Sudán, Afganistán... y con todos hay otra novedad que hace todavía más nebuloso el nuevo terrorismo: Osama Bin Laden".

Terrorismo privado

Reinares, que ha trabajado en las universidades de Stanford y Oxford, explica que mediante las fortunas de algunos hombres, como Bin Laden, se ha generado la "privatización del terrorismo internacional. Los cambios en la articulación organizativa del terrorismo, el hecho de que sigue siendo una violencia de relativo bajo costo en relación con otras, la persistencia del patrocinio estatal, todo en el contexto de una zona internacional multipolar, permite anticipar que el terrorismo internacional seguirá existiendo".

Advierte que, con fluctuaciones periódicas en el siglo XXI, "es probable que adquiera progresiva notoriedad en ámbitos geográficos distintos a aquellos donde hasta ahora se ha manifestado con mayor insistencia. Hasta ahora, han sido Medio Oriente y Europa Occidental; en un futuro vamos a verlo en el Continente Americano en el ámbito asiático.

"Es previsible que por un tiempo el terrorismo internacional realice atentados con destrucción masiva mediante fórmulas convencionales: explosivos, aviones, coches... Esta escalada cuantitativa nos anticipa que puede haber una escalada cualitativa. Por ello, hoy resulta más verosímil que nunca antes, que el terrorismo internacional derive hacia el empleo calculado, o de-sesperado, de componentes químicos, bacteriológicos o nucleares."

Ante esta nueva situación piensa que resulta indispensable que "las democracias cooperen para reducir el riesgo del terrorismo internacional, y esto implica colaboración militar, policial y judicial, y muy especialmente en el plano de la inteligencia, los servicios secretos y la información".

Considera que las informaciones que hablan de un supuesto arreglo en el conflicto árabe-israelí para terminar con el terrorismo internacional están equivocadas: "Al fundamentalismo religioso ya no hay arreglo que le satisfaga, el único arreglo con el que estarían satisfechos sería el genocidio de los israelíes y la creación de una república islámica palestina. El fundamentalismo islámico no acepta componendas".

Finalmente, señala que uno de los aspectos que ha contribuido para la expansión del terrorismo islámico es la situación del mundo árabe: "La inmigración árabe en situación de exclusión social es un caldo de cultivo para que penetre el fundamentalismo religioso, como está ocurriendo en Francia, donde los clérigos moderados están siendo progresivamente remplazados por clérigos integristas".

El factor petróleo

Miguel Alonso Baquer, portavoz del Instituto Español de Estudios Estratégicos, autor de 18 libros sobre estrategia, historia y sociología militar, afirma: "El nuevo terrorismo tiene la firme voluntad de hacer mucho daño. El suicidio de todos los comandos que secuestraron los aviones en Estados Unidos muestra un grado de fanatismo muy superior al que se había presentado hasta ahora en lo que llamábamos 'guerra irregular' o 'guerra de guerrillas', que daba por supuesto la conservación de la vida de los propios terroristas.

"Además, en esos atentados no existe el propósito de propiciar un cambio en el adversario, sino sencillamente una voluntad de hacer sufrir a la sociedad a la que se ha llegado a odiar."

Explica que la vulnerabilidad de un Estado moderno radica en que suele estar prevenido frente a posibles ataques de otros Estados rivales, mientras que el terrorismo "busca hacer daño por vías indirectas, puede utilizar desde armas blancas hasta bombas y ahora aviones. Su organización es relativamente de bajo nivel, no implica a grupos numerosos para producir un daño muy grande. Les basta el fanatismo, la ideología y la tecnología moderna".

Considera que los ataques terroristas en Nueva York y Washington han creado una nueva "geopolítica" y "geoestrategia": "La geopolítica tradicional o clásica se refiere al dominio del territorio, es una geopolítica territorial, es el avance o el retroceso de una frontera, mientras que el nuevo terrorismo hace renunciar a la propiedad y al dominio de un territorio, para infiltrar en todas partes pequeños grupos que odian al enemigo: Estados Unidos".

También señala que "el mundo islámico ha tenido muchos altibajos en la historia, fue un poder muy grande en los siglos XVI y XVII; en la misma época del descubrimiento de América el Islam turco era extremadamente poderoso y luego se registró una extraordinaria decadencia".

Después, en el siglo XX, se produce la capitalización mediante la explotación del petróleo en muchos Estados nuevos. Primero desapareció una estructura unitaria, que era el Sultanato de Turquía, en los años veinte. Todo el mundo islámico quedó disperso y surgieron muchos poderes políticos con pozos de petróleo en su poder.

A diferencia de Reinarés, Baquer piensa que el nuevo terrorismo no está tan relacionado con las creencias religiosas del Islam: "Se trata de una ideología que ha sido financiada mediante el petróleo y que tiene un lenguaje con una cierta definición islámica. Procede del mundo islámico, pero se trata de entes dotados del poder del petróleo, con un resentimiento histórico".

Durante la Guerra Fría, las fuerzas estaban totalmente definidas: "La confrontación entre dos bloques era un problema territorial; dos grandes potencias que tenían una zona de influencia y

cada una tenía que demostrar que era mejor que la otra. Actualmente hay un ejército de hombres muy jóvenes que padecen hambre, y los adiestran diciéndoles que de todo tiene la culpa Estados Unidos".

Sobre las versiones de la posibilidad de una Tercera Guerra Mundial, el especialista se mostró inflexible: "Es una tontería, un globo sonda intencionado que provoca ciertos beneficios en la medida en que se extiende esa afirmación, entonces la organización de la vida económica del mundo occidental realiza un cambio. Es un error, porque la intención es convertir a las economías de occidente en economías de guerra".

Domingo, 23 de septiembre de 2001 - Actualizada a las 13:33 h.

LA INVESTIGACIÓN

Identificados en EE UU varios grupos vinculados a Bin Laden

Sin embargo no se ha establecido una conexión entre los sospechosos y los atentados del pasado 11 de septiembre

MÁS INFORMACIÓN

EP / AFP | Washington

Los investigadores de los atentados de Nueva York y Washington han identificado a cuatro o cinco grupos que operan en Estados Unidos y que estarían vinculados a Osama Bin Laden, el principal sospechoso de los ataques que causaron más de 6.800 muertos o desaparecidos, según informa hoy el diario The Washington Post.

Sin embargo, la policía aún no ha encontrado aún conexión entre esos grupos aparentemente vinculados a al-Qaeda, la organización de Bin Laden, y los 19 hombres que secuestraron cuatro aviones de pasajeros el 11 de septiembre y los utilizaron como misiles contra el Pentágono y las Torres Gemelas.

Los grupos están siendo investigados por la Oficina Federal de Investigación (FBI) la cual analiza millares de datos relacionados a los atentados y han detenido e interrogado a más de 75 personas.

"El FBI no ha hecho muchos arrestos porque los miembros de los grupos ingresaron legalmente en Estados Unidos y no se han involucrado en actividades ilegales", han declarado fuentes del FBI a The Washington Post.

Según el diario, los investigadores ignoran qué hacían esos grupos en Estados Unidos o si sus miembros planeaban nuevos ataques. "Están muy bien compartimentados" por lo cual es muy difícil encontrar lazos entre las diferentes células de al-Qaeda, ha dicho un funcionario al diario

Análisis de coyuntura

Profesor J

Bastante pesada está la coyuntura actual y parece conveniente detenerse un poco en ella, por lo que esta vez incorporaremos algunos elementos metodológicos de cómo y por qué efectuar el análisis en la forma en que lo haremos hoy.

1. Elementos metodológicos para el análisis
2. Algunos hechos
3. Las reacciones de la izquierda
4. Posibles elementos estratégicos imperiales
5. Algunas líneas de reflexión para la lucha de resistencia

1. Algunos elementos metodológicos para la reflexión y el análisis en función de la interpretación y la acción en la actual coyuntura

Todo indica que algunas profundas readecuaciones se establecerán en el contexto de las luchas sociales, por lo que parece necesario quebrar el acompañamiento lineal del análisis y de la intervención en los actuales y futuros procesos.

El imperio, conservando sus objetivos de control para el desarrollo de la ganancia, está introduciendo algunos elementos de modificación que parecen orientarse a transformaciones radicales en sus relaciones con la lucha social de resistencia, aprovechando el golpe que le han propinado. No parece conveniente enfocar su reacción sólo como una "respuesta al terrorismo", sino como una tentativa de reacomodos generales que le permitan enfrentar el conjunto de la actual coyuntura de crecimiento multiplicador y diverso de las modalidades de incorporación masiva de la población a la actividad de contestación.

Aún hay sectores de izquierda recalcitrante que insisten en operar dentro de las instituciones para humanizar las relaciones ciudadanas incorporando éticas y valores que modificarían el comportamiento de las estructuras intentando arrastrar esos movimientos para establecer bases de apoyo a sus políticas negociadoras, con lo que no hacen más que desarmar la iniciativa de las masas delegándola en los sempiternos representantes, líderes y caudillos.

Esos sectores son sistemáticamente convocados por el enemigo para sumarse a su política farisaica de la democracia y los derechos humanos, máscaras tragicómicas de la peor dominación posible, que hemos comparado a una violación con vaselina.

Y para esos sectores la operación suicida ha caído como anillo al dedo para sumarse a la campaña contra los que luchan, campaña iniciada abiertamente por Susan George, vice-presidenta de Attac, promotora del divisionismo en la lucha callejera autónoma.

Establecido este marco, en segundo lugar es bueno recordar que las cuestiones metodológico-interpretativas, a contrario sensu del dogmatismo, también se modifican junto a los cambios factuales. Ello nos ha enseñado que los paradigmas hay que arrojarlos al tarro de la basura, pues hasta ahora no pasan de puntos de encuentro intelectual al que se pretende atraer las dinámicas sociales, que pierden así su autonomía, o sea, su potencial creativo y de desarrollo del ser que se arroja contra sus obstáculos porque crece y no porque lo llaman desde el limbo.

Parece conveniente entonces introducir serias readecuaciones en nuestros métodos de análisis y acompañamiento de la realidad, especialmente esta tan aguda que nos está tocando vivir. Una cosa interesante puede ser comenzar a quebrar de vez la lógica del lenguaje, ritmos y dinámicas establecidas por la institucionalidad, que el imperio pretende re-establecer provocando una gran convergencia mundial detrás de sus postulados, por ejemplo las innumerables listas que están circulando para firmarlas y enviarlas a la ONU para rechazar la "respuesta" de guerra. No estamos contra ellas, obviamente, pero es importante alertar que con eso nos mantenemos y reforzamos el simple llamado ético o subjetivo (propósitos, buena voluntad, etc.) sin elaborar actitudes o acciones que eviten o se preparen para enfrentar el asentamiento del nuevo marco mundial que comienza a establecerse, donde dicha ética cumple también un papel, digamos involuntario, de aislamiento de los que luchan.

Un elemento a considerar en esto es el enfoque de los procesos a partir de las contradicciones objetivas de los dominados con relación a las estructuras. Ya es hora que comencemos a discutir abiertamente que esas contradicciones no son sólo con el capital, sino con las formas políticas que asume para su protección y continuidad: los estados, la ONU, las leyes, los ejércitos, las bases militares, las elecciones, los discursos, etc.

Es quizás necesario salir ya de una vez de la retórica, de los argumentos, del convencimiento, que normalmente se realizan dentro de las instituciones o sus medios instrumentales (comunicación, educación, cultura, etc.), para enfocar nuestras reflexiones y acciones en un mayor entrelazamiento con el sujeto social oprimido, o sea, no comunicarle nada, no educarlo, no llevarle cultura, sino que reconocerlos con humildad como los creadores de la comunicación, de la educación y de la cultura.

Eso implica profundas readecuaciones metodológicas e interpretativas, pues ya no lo hacemos entre intelectuales o por vía de mandar artículos a todas partes, sino que nos desaparecemos, nos esfumamos, y nos transformamos en una gota más del río del pueblo pobre para reconfigurar nuestros espacios y métodos de pensamiento junto con ellos.

O sea, el hara kiri de los intelectuales. Basta de tener que andar leyendo a Petras, Chomsky, Negri, para encontrar en ellos las luces. Vamos a desviar la mirada y los pies. Vamos a reconocer la autonomía creadora de los movimientos y grupos y pueblos que luchan, y vamos a comparar a los autores, a criticarlos, a ver si realmente contribuyen en este terreno, o si aún se mantienen en los círculos funcionales de reflexiones asépticas.

En fin que hay que modificar nuestra visión del mundo y las cosas, y no me pregunten como hay que hacerlo, que no tengo la menor idea, pues éstas son meras provocaciones, son elementos para las reflexiones de cada uno. Yo simplemente estoy colocando la vista, el corazón y la reflexión en esos luchadores que construyen la nueva vida desde abajo y son el peligro real del imperio. No son peligrosos los que opinan, los que proponen, los que llaman a ser seguidos. Esos son sistémicos.

Disparado eso, veamos algunos elementos de la actual coyuntura.

2. Algunos hechos

Todo indica que el imperio apunta a un chivo expiatorio, un tonto útil, que de paso le permita golpear e readecuar sus frágiles relaciones con el mundo árabe, así se encuentran acorralando a Afganistán introduciendo serias contradicciones internas en el mundo árabe, tales como el noviado con el gobierno pakistaní y las intensas presiones sobre Arafat. El re-atamiento de los vínculos con Turquía, estados del golfo, países europeos y otros, apunta también en esa dirección.

Por otra parte, en todos lugares se están colocando obstáculos a la libre circulación de personas, lo que indica acuerdos y decisiones de la Interpol. Hay muchos casos de personas detenidas en aeropuertos y fronteras por el mundo, muchos devueltos a sus puntos de origen.

Bush dice que están con USA o contra, lo que configura un chantaje muy agresivo justificado por el horror que los medios de prensa se encargan de machacar constantemente, lo que también implica una sintonía no casual. El congreso le dio carta blanca al señor de la casa ídem. Barcos y aviones salen de sus puntos de concentración para dirigirse en forma de círculo que rodea la región del oriente medio. Bases militares son reactivadas en los países subordinados de la región. Gobiernos declaran cielo y tierra abiertos para el tránsito de las tropas aliadas. La OTAN declara que el golpe fue a todos sus miembros. Gobiernos y partidos emiten declaraciones sumándose a la campaña. En fin que se está creando una psicosis de guerra por el planeta.

La última declaración de los señores de la guerra apunta al objetivo de la restauración de la monarquía en Afganistán con presencia de tropas yanquis o aliadas. Suponemos que todo ello se hace paralelamente con presiones y reuniones para conseguir la participación de otros países en la aventura, lo que le daría mayor legitimidad. Así las declaraciones de los países del golfo en el sentido de cortar relaciones con Afganistán apuntarían en esa dirección. Por su parte el Talibán ha

realizado grandes manifestaciones en Pakistán, pero miles de policías se han encargado del orden, con el sueño del gobierno de tener nuevamente autorización para ejercicios y prácticas nucleares.

Hay que recordar que pocos días atrás los rusos y los chinos sellaron una alianza estratégica, que se debilita hoy ante las argumentaciones del terrorismo.

Ese famoso concepto de terrorismo no es para nada importante para el imperio, pues se trata de un pretexto para englobar allí a todos los que luchan.

3. Las reacciones de la izquierda

Han sido muy adecuadas al plan imperial, o sea, atacando el terrorismo, criticando la acción contra las torres, llamado a la cordura, en fin auxiliando a la creación de condiciones para dar un ajuste de tuercas contra las luchas sociales, lo que ya hemos dicho, le viene como anillo al dedo, pues siempre se han opuesto a la lucha, priorizando por marchas numéricas, elecciones, consultas, etc, para crecer en el terreno del marketing ideológico dentro de las estructuras de dominación. Han aprovechado para intentar aislar aún más a los que luchan, pero en definitiva han sido ellos los que más se han aislado de los pueblos.

La guerra ideológica contra el terrorismo está siendo utilizada para domesticar a las masas, para llevarlas al camino de mansos corderos de dios, para que vuelvan al redil, para que sean buenitos y luchan por la paz en las actuales condiciones de dominio del mundo, lo que resulta una ironía y una bella forma de justificar el actual estado de cosas.

El miedo es el otro ingrediente utilizado. Miedo a la tercera guerra, miedo a las represalias, etc. Con lo que se cierra el círculo de chantaje en que la izquierda ha entrado plenamente intentando sacar tajada de los muertos. Algunos sectores de izquierda se encuentran confundidos sin asumir claramente una posición, lo que muestra el grado de confusión existente y que debe ser aprovechado por el movimiento de resistencia para atraerlos a la lucha.

4. Posibles elementos estratégicos imperiales

La respuesta al terrorismo no es más que una fachada para introducir modificaciones globales al sistema de dominación mundial, que debería estar marcado por tres líneas de acción: Presión militar, limitaciones a los derechos de los pueblos y especialmente una ofensiva para redefinir los criterios de la democracia.

Objetivamente hemos asistido estos últimos años a una seria crisis del estado como instrumento de dominación, y el neoliberalismo no ha formulado aún un modelo para sustituirlo, aunque mantenga el mismo nombre de "estado", a pesar de las intensas readecuaciones hechas en todas partes, pues no se ha conseguido contener el afán libertario de los pueblos, que se insurgen por todas partes. Por ejemplo las crisis de Venezuela y Paraguay sólo se extienden en el tiempo con la intervención directa del aparato militar local.

Los planes contra Colombia y otros en América Latina, así como una serie de nuevas bases y formas de intervención directa, están en pleno andamio, pero la lucha ha crecido aún más. Nuevos contingentes populares se lanzan a la acción y no aparece claro como detenerlos. También en Europa y otros continentes crece notablemente la lucha nacional, originaria, etc., lo que crea un marco complejo para las tareas de la dominación.

Así habrá, junto a la represión de los que luchan, un reforzamiento de los marcos institucionales para dirimir conflictos dentro de la ley y el orden, y por eso decimos que habrá elementos de redefinición de la llamada democracia: más represión y más discursos de convencimiento.

Ahí es que entra la izquierda, que con el pretexto de mantenerse en el medio de la represión y el extremismo, legitima las instituciones, cumpliendo un papel de auxiliar del dominio.

Esto último indica que puede haber una ofensiva para atraer aún más a esos sectores, importantísimos para neutralizar el accionar popular autónomo, por lo que no sería extraño que Soros acepte ir al Forum Social Mundial, se acepte la Tasa Tobin y se condone la deuda de muchos países, especialmente los que den garantía de poder reprimir la dinámica de liberación interna.

5. Algunas líneas de reflexión para la lucha de resistencia

La acción contra el imperio no ha hecho más que agudizar y acelerar la necesidad del capital de readecuar sus estructuras para contener a los dominados, lo que no es más que una prueba de la objetividad de la multiplicación de las luchas autónomas por todas partes. Así parece necesario profundizar en esa dirección:

a) Apoyar todas las luchas que aunque no declaradas anti-capitalistas, por su carácter autónomo lo son en la realidad, pues debilitan y resquebrajan las estructuras, especialmente luchas nacionales, étnicas, de juventud, ocupas, de género, reivindicativas, etc, especialmente las que movilizan o pueden movilizar masas, pueblos y regiones enteras.

b) Crear comunicación y apoyo mutuo entre todas esas experiencias, promoviendo coordinaciones regionales de todo tipo.

c) Intentar transformar los grupos de opinión, ideológicos, etc., en movimientos sociales, barriales, etc., que incorporen muchos a la lucha por sus derechos. Esto es, confrontar sus teorías con la acción social masiva, ahora, con carácter de urgencia, lo que significará también diluirse en la población para evitar los golpes selectivos que vendrán.

d) Intentar transformar los sindicatos y otras organizaciones sociales que asumen formas piramidales, jerárquicas o verticales, en coordinaciones horizontales que permitan la iniciativa local con la perspectiva de mayor incorporación de bases a las tareas de construir órganos de nuevo tipo, participativos, deliberativos, que respondan a la falsa democracia represiva con la democracia de un pueblo que asume el mundo en sus manos.

e) Investigar, escribir y divulgar temas y opiniones sobre estos asuntos para aumentar la lucha ideológica en pro del aumento del accionar social independiente desde abajo y en muchas partes.

f) Romper relaciones con las ONGs, sistemas electorales y demás propagandas o entidades vinculadas a las estructuras y ritmos de la dominación, para permitir el libre cauce de las energías populares en la construcción de su capacidad ideológica y material para resistir los embates de la represión.

g) Avanzar en el proceso de construcción del nuevo poder, masificar las formas de autodefensa y lucha callejera activa, así como las luchas locales en barrios, centros de trabajo y estudio.

h) Evadir la represión selectiva, realizar muchas y rápidas acciones de todo tipo de resistencia en los más variados lugares.

i) En fin, entrar en el nuevo período en el medio de una ofensiva de masas que impida el asentamiento de las nuevas modalidades de control y por su vez permitan la continuación y ampliación de las luchas sociales.

Repito que se trata sólo de provocaciones para la reflexión, pero los vascos lo han entendido así y están realizando una serie de movilizaciones que muestran que es posible y necesario salir a la calle sin esa maldita preocupación del miedo a una guerra.

No somos ratas asustadas, esos son otros.

Llamamos a los compas a parar esa psicosis y retomar con más fuerzas la lucha concreta, la acción directa, la incorporación masiva de la población al combate callejero, aumentar las ocupaciones de tierras y edificios, a conquistar nuestros derechos, a conquistar el pan directamente, en fin, a construir la nueva sociedad de seres humanos fraternos y solidarios que asumen su vida con sus propias manos.

Profesor J

E-mail: profesor_j@hotmail.com